

751

nº 28



CALLICES

REVISTA Ayuntamiento de Madrid LITERARIA

INDICE

PORTADA: Foto Enrique del Pino.	
NUESTRA PÁGINA DE HONOR	<i>Jacinto Benavente.</i>
EDITORIAL	<i>«Cauces».</i>
ISABEL DE CASTILLA	<i>Francisco Montero Galvache.</i>
SANTA TERESA Y LA PRINCESA DE EBOLI, FRENTE A FRENTE	<i>Pedro Massa.</i>
EL SECRETO DE LA BAHÍA	<i>Juan Ruiz Peña.</i>
LA SED QUE NO SE CALMA NUNCA	<i>Francisco G. de Travededo.</i>
EL ARTE NOCTURNO DE VÍCTOR DELHEZ	<i>Fernando Díez de Medina.</i>
LOS GALLOS EN EL «POEMA DEL CID»	<i>P. Pérez Clotet.</i>
ROMANCILLO DE LA MOLINERA, 25 DE DICIEM- BRE, EL ÚLTIMO SOL DEL JARDÍN	<i>Francisco J. Martín Abril.</i>
Dos romances: PÍO NONO, FÁBULA DE LA ROSA Y EL VELOCÍPEDO (1933).	<i>Adriano del Valle.</i>
PAISAJE LITERARIO.	<i>Pedro Montero Galvache.</i>
Nuestros colaboradores: FERNANDO D. DE MEDINA	
Diorama islámico: APOLOGÍA Y ELOGIO DEL PUE- BLO ÁRABE (Ilustraciones de Diego Mullor)	<i>Benjamín Ramos García.</i>
ANTENA LITERARIA	
Égloga: EL PASTOR ALABA LOS OJOS DE LA PASTORA	<i>Miguel Martínez del Cerro.</i>
BRUMA Y GEOGRAFÍA DE LA NAVIDAD	<i>Juan Miranda.</i>
SIPNOSIS DE LAS LETRAS ESPAÑOLAS EN EL AÑO 1939.	<i>José Sanz y Díaz.</i>
LIBROS Y PERFILES	<i>J. S. y D.</i>
ESTAMPAS MÍSTICAS DE SAN JUAN DE LA CRUZ.—CÁNTICO DE CASTILLA	<i>José de las Cuevas.</i>
BIBLIOGRAFÍA	<i>Luis de Barja.</i>
«El arte nocturno de Víctor Delhez»	
«Mussolini»	

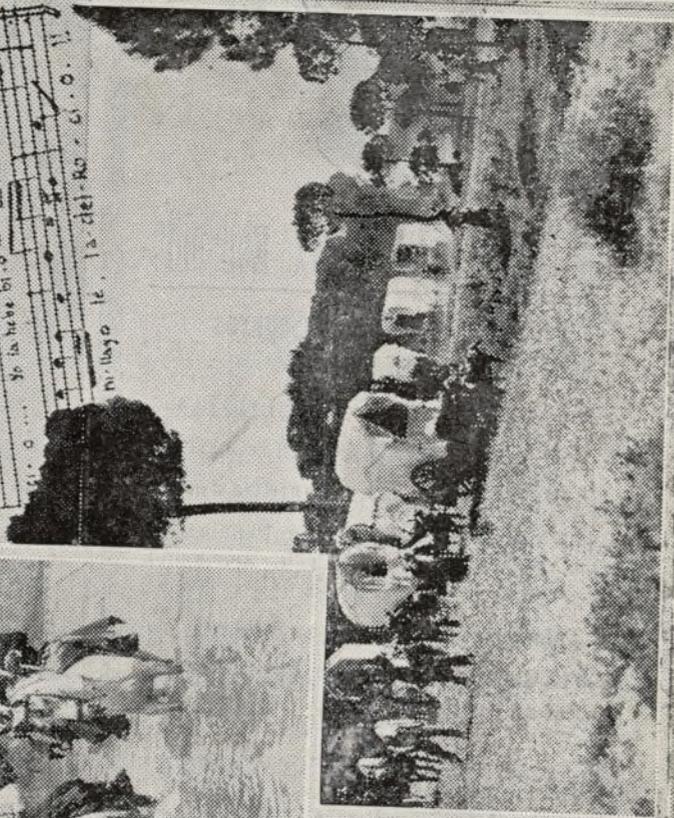
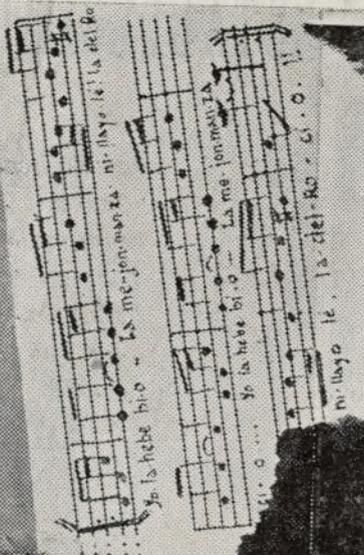
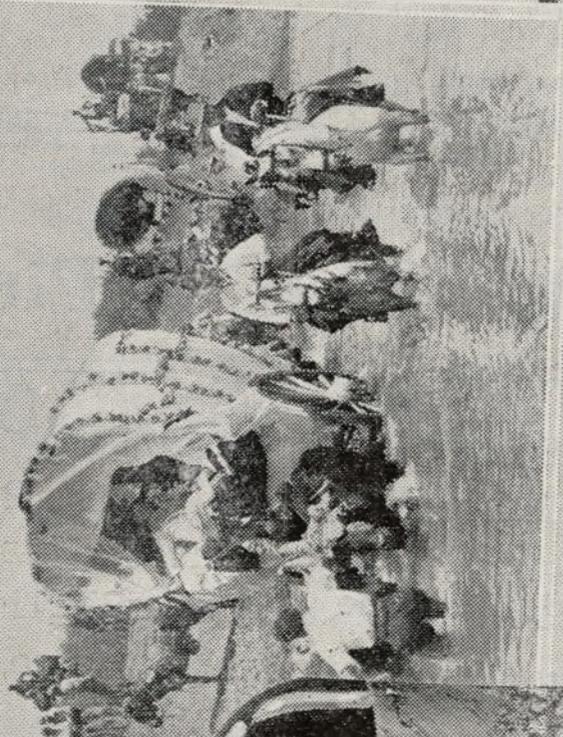
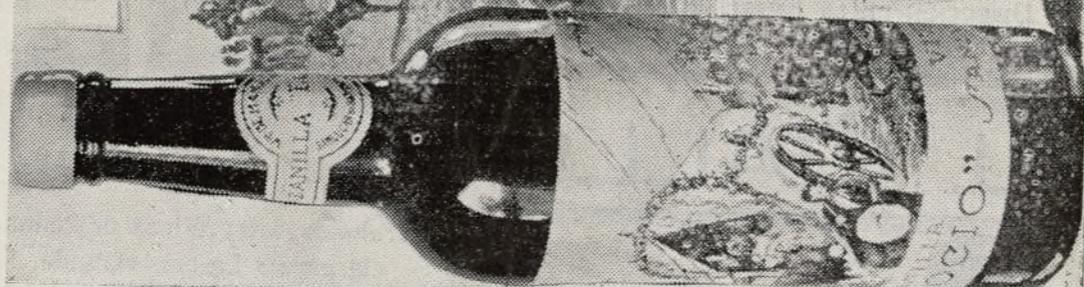
28

E N E R O

1 9 4 0

Ayuntamiento de Madrid

MANZANILLA "EL ROCIO" - VDA. DE MANJON - SANLUCAR DE BARRAMEDA



Yo la he bebido,
la me-jor manzanilla
y todo,
la de «El Rocio».
Solera.



"La Unión y El Fénix Español"

Compañía Española de Seguros

FUNDADA EN 1864

Domicilio social: MADRID

Calle ALCALÁ, n.º 43.

(EDIFICIO DE SU PROPIEDAD)

SEGUROS de Incendios, Vidas, Rentas vitícolas, cosechas, transportes, accidentes y otros ramos.

Subdirector para CÁDIZ y su provincia:

RAMÓN GARCÍA BLANCO

Cánovas del Castillo, 26.

Teléfono 1448

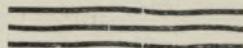
ESTABLECIMIENTOS

Cerón

Y LIBRERÍA

Cervantes

-- S. L. --

CADIZ 

Miguel Martínez de Pinillos

CÁDIZ

Servicios regulares de Motores-

Fruteros de Canarias para el Norte

- - y Levante de la Península. - -

Línea de Cabotaje y Gran Cabotaje.

DIRECCIÓN DE LA EMPRESA: PLAZA GENERALÍSIMO FRANCO, 6. — CÁDIZ

J. FIALLO



Aviador Durán González. - JEREZ

Trabajos fotográficos de todas clases. :: La más visitada.

TALLER PARA AFICIONADOS

Ayuntamiento de Madrid

Nuestra página de honor

La Noche del Sábado. Mar, cielo y tierra se unen, amorosos, con gloriosa alegría; luz, oleaje, montañas, frondas, son como risotadas de un mundo niño, ignorante del Dolor y de la Muerte. ¡Encantado pedazo de tierra! Deidades, héroes, ninfas y faunos, fueran tus únicos habitantes; espíritus de ciencia y de amor los únicos que te contemplaran; idilios de Teócrito, églogas de Virgilio, tu propia poesía; y si un espíritu de nuestro tiempo triste ennoblece en tí su tristeza, sea el de Shelley, divino poeta, creyente en la eterna armonía de la Verdad, el Bien y la Belleza; el que no limitó lo infinito y adoró a Dios en todo; por rito de su culto, la misma amorosa letanía del santo poeta de Asís, universal enamorado; el que a todas las criaturas saludaba con su canción de amor ardiente: hermano sol, hermana agua, hermanos pajarillos, hermano lobo... ¡Todos hermanos! Y aquí, en este pedazo de tierra, encantado por la Naturaleza, ved ahora, son los hombres. Es la estación invernal a la moda; han elegido bien su terrenal paraíso... Pudiera serlo, pero huyen del frío y traen el frío de su vida; huyen de su vida y su vida les sigue... Para ellos todo camino es de infierno dantesco, y así puede decirles a su entrada...

Per me si va nella città dolente;
per me si va nell eterno dolore;
per me si va trá la perdutta gente.

J a c i n t o B E N A V E N T E

Prólogo de "La Noche del Sábado"

Al cabo de tres días y tres noches de jornadas, las caravanas se dieron vista. Estaban en el corazón de la Arabia y seguía brillando, pálida y blanca, la estrella de la anunciación. Al encontrarse los tres santos reyes, bajaron de los camellos, y arrodillándose en la arena ardiente, se despojaron de sus coronas, e hicieron oración. Baltasar rezó: «Demos gracias a Dios, porque nos deja ver el cumplimiento de todo lo que anunciaron los Profetas.» Y Gaspar dijo: «Adoremos al que ha nacido Dios de Israel.» Y Melchor suspiró, como si hablara a solas con su corazón: «Nuestros ojos le verán, y todo será purificado en nosotros.» Después, los tres reyes volvieron a cabalgar, y siguieron su camino... En Belén de Judá unieron sus cánticos a los cánticos de los pastores: y ante la cuna de paja, se realizó el milagro de la unidad, de la armonía entre todas las Razas y todos los hombres. La misma estrella guió a los pastores y a los monarcas; el mismo himno sencillo y gigante; la misma confesión valiente de fe, floreció en los labios de los grandes de la tierra y de los humildes... Por eso, al conmemorar todos los años el Nacimiento de Dios, conmemoramos, — muchas veces sin conocer nosotros la transcendencia de esa realidad — la más admirable pluralidad de Nacimientos; el de la concordia entre los pueblos, el de la unidad entre los hombres que antes se creyeron extraños; el de la armonía de la carne y el espíritu... Como entonces, en estos días de afán y gracia, de inquietud y esperanza, la paz prometida a los hombres de buena voluntad, vive entre blancos rosales vaticanos. Y hay que seguir, para llegar a ella, el largo camino de las renunciaciones; hay que abrir las ventanas del alma a la candidez del milagro; hay que perfilar toda una vida sobre un fondo blanco y blando de montañas difíciles, nevadas con la nieve de la inmolación y el desprendimiento... Hay que enfrentarse con la noche, y atravesar el desierto, sin miedo a los caminos borrados, hundiendo los pies en las arenas calcinadas, y caminar, venciendo la agonía de la jornada, con el júbilo encendido de las profecías cumplidas, hecho el corazón ascua de luz y hoguera de ideal. Para poder decir, al final, de rodillas y desnuda la frente de todas las coronas de maleficio: «Nuestros ojos le verán y todo, en nosotros, será purificado.»

Galles

ISABEL DE CASTILLA



OR los dorados caminos de la Alhambra, seguida de los vientos mejores de Castilla, la vieron los cielos ir envuelta en claros resplandores de sol. De Segovia a Granada.—¡Ay, Señor, qué dulce espera de la unidad de sus campos!—la vieron los cielos ir, cortando en cada paisaje su llanura para forjar el cingulo terreno de su gloria. Bajo el palio de luz, alta en la cuesta de su lumbre divina, traspasada de santos fervores, y llena del sabor de los mejores trigos, camino de su mundo y de su gloria, la vieron los cielos ir, a Isabel de Castilla, Reina de la paz y del sosiego.

Ella, blanda y dorada como el temblor de los árboles, con el sereno paisaje de sus ojos azules, esparcido, para darle su sangre, en la alborada de una vida infinita, había hincado sus rodillas de sol en la tierra de Granada, y ungido, con serenidad de hábito de claustro, la dorada entrega de la Alhambra: y una sola voz—ancha, profunda y abierta a la siembra de los siglos—había ya desgranado en el aire quieto, la dulce elevación del Te-Deum de las gracias.

Todos: prelados y capitanes, sacerdotes y reyes, banderas y soldados, habíanse ungido de la mansedumbre que las rorillas de Isabel dejaran en la tierra de Granada: una mansedumbre dorada, como una moneda del sol de las batallas. Y el pensamiento de Isabel, hincado en el centro del minarete de la vela como una espada de gloria, decía, en torno a la calma del paisaje:

«¡Hosanna, Señor, hosanna, que el sol de la Reina de Castilla ha encendido la entraña de mi hierro, llenándolo de júbilo y de altural!»

Y un aleluya de banderas imperiales, había coronado la serenísima alborada de las tierras unidas: llagada de fe, cautiva de las más hermosas cadenas de amor, Isabel de Castilla, desgranaba en el santo silencio de la espera, sobre cada una de las piedras de las torres, la mejor oración del Te-Deum de las gracias.

Y no había descendido del todo a su garganta el aire de la paz y del gozo de Cristo, cuando ella, aliento y brisa de las tres carabelas del mundo, tendía, en carne viva del más alto deseo, sus brazos de eternidad al viaje que se alargaba en la humedad del misterio, para levantar la cruz en otras tierras sin bautismo. Isabel de los ojos más bellos, ofrecía al Imperio, por encima del mar, como tres venas palpitantes de viento, de espuma y de sol, las tres carabelas, que, a un

tiempo, cortaban el silencio de las aguas perdidas, para llenar de un santo calor de oraciones eternas las orillas lejanas de un mundo sin espada y sin cruz. Así, puesta en cruz sobre la entraña viva de la tierra, la vieron los cielos ir, camino de su mundo y de su gloria, a Isabel de Castilla, Reina de los ojos serrenados, más bella que el reposo del alma en el paisaje de los ángeles.

Hincada en la tierra, sobre su frente de dorada espuma, la brisa y el sol, en idéntica forma de sustancia consagrada, ponían este rezo fervoroso:

¡Aleluya, Señor, para la reina de las tierras unidas!

¡Aleluya y Hosanna, Señor, para la reina de las tierras de Cristo!



SON tantas, Señor, las veces que mi Patria se ha puesto en cruz, exhausta en el deseo, dulce y sencilla en la bendición de sus auroras, ya entregada a la misión de tu Evangelio, haciéndose lumbre y antorcha para los perdidos de su rumbo, cuerpo y alma para los enamorados de su fe, espléndida y altiva en el combate de sus brazos religiosos; y son tantas, Señor, las veces que Castilla se ha puesto en cruz, sobre la calma de su llanura redonda y dorada!...

¡Y son tantas, Señor, las veces que ha vuelto sus ojos—ojos santísimos de madre, ojos misericordiosos de novia—al empeño de los siglos robustos, para ofrecer al mundo, como una lluvia de lejanía la mansedumbre de sus llanos de sangre, tantas, Señor, las miradas hacia el centro de su geografía espléndida, que la vida de mi Patria, tú lo sabes bien, Señor, es como una imagen de aquella reina venturosa, que para vivir su destino, miraba el centro de su propia angustia, forjada con desgarramientos de sangre y sustentada en la noche de sus años, por la nieve de aquellos brazos de paz, que, unguidos del aceite de los ángeles, habían sido como una gracia enviada de la altura para bendecir el comienzo de nuestra Historia y de nuestras empresas universales!

Ahora, Señor, vuelve de nuevo a llenarlo todo: y sobre la tierra de Castilla, en la alborada de los héroes de Julio, como ramas de aquel tronco, duro y firme, de su paso hacia Granada y de su mirada a las tres carabelas, vuelven a consagrarse en realidad aquellas sus palabras:

«No expongáis el tesoro de vuestro Reino de Aragón; yo tomaré esta empresa a cargo de mi corona de Castilla, y cuando esto no bastara, empeñaré mis alhajas para acudir a sus gastos».

Ahora, tú lo sabes bien, Señor, vuelven a ser cristal de sol y de río, donde el

viento de salvación que todo lo ha llenado de clamores, canta y vibra, como si el tesoro de toda la sangre de sus hijos, se hubiera empeñado para el triunfo de esta solemne empresa de Dios.

Y en la línea de los montes, en la augusta quietud de los llanos, vueltos al temblor de la reja y la cuchilla por el milagro de los muertos que alargaron su presencia en las estrellas, los brazos de los hijos de Castilla, velan y aguardan, con serena conformidad de misión evangélica, el florecimiento de la primavera anunciada, y sienten ya, a través del silencio de los siglos, el calor de las flechas de Isabel de los ojos más bellos, como una voz, eterna y celeste, que alienta y vive en la solemnidad de este nuevo Te-Deum de las gracias, que deja en la tierra de los frentes, el mismo calor y la misma doración que un día dejara en Granada la rodilla de la reina, blanca y luminosa, bajo los pliegues de su hábito de penitencia y de rigor.

Y de nuevo, Señor, Castilla, hecha toda de amplitudes de rezo, se ha hincado, ante el paisaje de sus banderas levantadas en alto, para decir, blanca y transparente como la forma de la Eucaristía, las mismas palabras que un día dijera la reina sosegada, más bella que el silbo de los ángeles en el Paraíso:

«¡Hosanna, Señor, hosanna, que ha descendido hasta mí la gracia de tu mano llenándome del fervor de los siglos!

¡Aleluya, Señor, porque ha vibrado en la tierra de mi vida, mansa como el viento del verano en los trigos, el aliento y el júbilo de aquella Reina, clara y sufrida, que para ganar un mundo, tendía sus brazos de sol, quieta y solemne, espléndida y sencilla, como tu guardia, Señor, como tu guardia de espadas y de estrellas, al mar del silencio sin bautismo!

F r a n c i s c o M O N T E R O G A L V A C H E

Sí, la vida es vida; pero hay más vida que esa que tu llamas así; hay vida del alma que puede saciarse con el amor de Dios y por él, con la caridad, amor divino, que bien puede colmar un corazón mejor que todos los amores humanos...

(BENAVENTE.—De *La Noche del Sábado*.)
Ayuntamiento de Madrid



LA PRINCESA DE EBOLI

Santa Teresa y la princesa de Eboli, frente a frente

En el voluminoso y jugosísimo libro sobre Santa Teresa, debido a la pluma de Gabriela Cunninghame Graham, se cuenta un curioso disgusto entre la doctora de Avila y doña Ana de Mendoza, princesa de Eboli, disgusto de que no se hace mención en otros estudios sobre la santa, lo que nos mueve a trazar sobre él un ligero comentario. Verá el lector que la dulce y enérgica Teresa no se conmueve ni amilana ante los poderosos, por influyentes y temibles que ellos sean, y que, con tal de mantener puros sus designios, afronta con todo, incluso con despertar la cólera de las princesas, si lo que éstas solicitan está reñido con lo atinado y prudente.

No es que nos sorprenda esta actitud en Teresa, que siempre fué así y supo conservar su divina independencia de espíritu contra toda presión o malaventura. Mas este hecho poco conocido de su vida nos la agranda y magnífica todavía más, al ver cómo habla por ella la rica hembra castellana, plena de virtudes y colmada de una dignidad incomparable.

Veréis cómo se fué desarrollando en el tiempo el incidente en cuestión.

TOLEDO. Mayo de 1569. Teresa vive en estos días en la imperial ciudad, cuidando de los últimos detalles de la fundación carmelitana, a punto de ser consagrada allí. Un día, ya inaugurado el convento, la tornera le pasa recado de que en el locutorio le espera un alto servidor de la princesa de Eboli. Acudió Teresa junto al caballero, y por él supo que doña Ana tenía un especialísimo

Ayuntamiento de Madrid

interés en fundar en Pastrana un monasterio de carmelitas descalzas, para lo cual sería conveniente que ella, Teresa, se trasladase lo antes posible a aquel pueblo.

La monja insigne no titubeó al dar respuesta a esta demanda:

—Decid a vuestra señora—fueron sus palabras, poco más o menos—que, hoy por hoy, no me es posible acceder a lo que me pide.

El más grande asombro pintóse en el semblante del hidalgo, al escuchar aquella negativa. ¿Cómo osaba Teresa, pobrísima y humilde, oponerse a un deseo de tan alta dama? ¿Acaso no comprendía que suscitar el enojo de la princesa podía acarrearle los más graves contratiempos?

—Meditad un poco en lo que decís—aconsejó el mensajero,—y no me obliguéis a volver con semejante negativa.

—Bien. Decidle a la princesa que yo le escribiré...

Y, alzándose de su asiento, Teresa puso fin a la entrevista.

¿Cuál era la razón de que rehusase la monjita de Avila la tentadora proposición de la de Eboli? Nunca se puso muy en claro este extremo, pero probablemente influyó en la chocante repulsa la sospecha de Teresa de que lo que quería doña Ana no era fundar un cenobio con una pura intención mística, sino que, orgullosa de los esplendores de la ciudad, gobernada por ella y su marido, aspiraba a añadirle el singular lustre de una casa de religión, y como por aquellos días la Reforma carmelitana estaba en pleno auge, pensó en Teresa, y de ahí el viaje del hidalgo a Toledo. Es decir, que había un prurito de exorno y rebrillo mundanos en los planes de la de Eboli, cosa que a Teresa en modo alguno podía serle grata, dada la rígida y extremada espiritualidad con que venía realizando su obra.

Pese a estos motivos, de gran importancia para la carmelita, ésta invocó, en sus rezos, al Santísimo Sacramento para que la iluminase sobre el camino a seguir en trance tan difícil. Y habiendo escuchado la voz del Señor, que la aconsejaba ir allí donde su presencia era requerida, armó sus hatillos y se dispuso a trasladarse a Pastrana.

Llegó al ilustre lugar en los primeros días del mes de Junio. La princesa la recibió con todo género de cortesía, y la instaló en un lujoso aposento de su palacio, que daba a un bosquecillo de laureles. Eran los días de mayor gloria y poder de la famosa dama, descendiente directa de los González de Mendoza, una de las familias más linajudas de España. Tenía la princesa a la sazón veintitrés años. «Cuerpo airoso; cara redonda, de niña, que exquisitamente se estrecha hacia la barba; frente pálida, sombreada por abundante masa de cabello negro, rizado; una inclinación de cabeza, insinuantemente dulce, y hermosos ojos pardos, iluminando todo este conjunto de esbeltez y gracia, pero al mismo tiempo, lleno de digna majestuosidad.» (Tal el retrato que nos hace de ella la biógrafa a quien seguimos.) Obscurecía un punto tan resplandeciente belleza el detalle del ojo perdido, en un accidente de esgrima, mas, considerando bien las cosas, aun de esta desgracia sacaba partido doña Ana, dando a su única pupila una vivacidad y una penetración observadora, realmente prodigiosas.

No debió de ignorar la de Eboli la negativa dada por Teresa a la demanda del emisario de Toledo. Sólo así se explica que entreverase sus gentileza, en Pas-

trana, con tal cual ironía de mal gusto, a propósito de la personalidad y actividades de la mística doctora. Pero aun parece que llegó a extremos más reprobables el odio de doña Ana hacia Teresa. Sabido es que la *Vida* de la Santa, escrita por ella misma, fué delatada a la Inquisición, con el perverso designio de inquietarla y procurarle severas amonestaciones. Pues bien, de esta delación se culpa a la de Eboli, si bien no hay prueba irrefutable que confirme esta sospecha.

Otro motivo de pugna entre estas dos mujeres fué el siguiente: la princesa quiso que profesase en el convento de Pastrana una determinada doncella, y Teresa se opuso a este deseo. ¿Por qué? Simplemente, por habérselo pedido con altanería doña Ana. Ella mandaría en la ciudad, mas nunca dentro de los muros del monasterio, donde sólo la regla y la autoridad eclesiástica podían marcar normas y dirigir a aquellas corderas del Señor. ¡Cómo debió de caer en iracundias y desatados apóstrofes la noble dama, al verse desobedecida por aquella religiosa de remendados hábitos y humildísimo continente! En su orgullo desmedido, la princesa no podía concebir que nadie, en sus estados, contraviniera su voluntad, y ved por dónde una monjita, suave y tierna, pero dotada de una energía incomparable, vino a ponérsele enfrente y a impedir que se saliera con la suya. A tal punto de tirantez debieron llegar las relaciones entre una y otra, que Teresa pensó en partirse de Pastrana sin dar realidad a lo que allí le había llevado. Pero la oportuna intervención del esposo de doña Ana, el príncipe Ruy Gómez da Silva, limó asperezas y disipó enojos, evitando que la cosa pasara a mayores. Ved cómo cuenta la propia carmelita este momento: «Estaría allí tres meses, donde se pasaron tantos trabajos, por pedirme algunas cosas la princesa, que no convenían a nuestra religión: así me determiné a venir de allí sin fundar, antes que hacerlo. Mas el príncipe Ruy Gómez, con su cordura (que lo era mucha, y llegado a la razón), hizo a su mujer que se allanase...»

Mientras vivió Ruy Gómez, los disgustillos no cuajaron en francas desavenencias. Pero así que murió este caballero, la princesa trató a la santa con un desabrimiento tal, que en 1579 Teresa resolvió cerrar el convento de Pastrana y trasladar la comunidad a Segovia. No queráis saber los insultos que profirió entonces la de Eboli contra Teresa y sus fundaciones. Pero la resolución estaba tomada, y, contra viento y marea, se cumplió. Una noche, al filo de las once, abandonaron las monjas el convento, y en cinco carros emprendieron el camino de Segovia, adonde llegaron tras no pocos trabajos y peripecias.

Días después, el poderío de doña Ana se eclipsaba. Felipe II la encerró en la torre de Pinto, por lo del asesinato de Escobedo, y ya no volvió la de Eboli a gozar de libertad mientras vivió. Fué inteligente, bella y de una seducción irresistible. Pero su orgullo desapoderado la perdió. Su pugna con la santa de Avila, tan razonable y llena de bondad, pinta un carácter y la define como una pequeña déspota. Claro que con Teresa no le valieron para nada sus despotismos. Dijo la santa: esto se hace, y su voluntad fué ley. Y que se quedara la de Eboli con sus pergaminos y riquezas, «que todo había de dar en la nada, que es el morir»...

P e d r o M A S S A

Ayuntamiento de Madrid

El secreto de la bahía

A Guillermo Díaz-Plaja

La bahía es un semicírculo de ensueño luminoso. Yo aspiro por su orilla un salino olor, mientras veo, a través de la luminosa niebla que lo envuelve, la enorme joroba desolada del Peñón. Cruzo por su muelle, lleno de humo y estruendo, atravesado por pálidos viajeros rapidísimos, repleto de un escamoso azulear de peces en sus cajas. Desde aquí, contemplo Algeciras, que se estrecha entre el azul suave de las sierras que le circundan y el resplandor azul de la bahía. Se alza, pintoresca y desparramada, con esa interior alegría de sus calles tan andaluzas por la cal de sus paredes y los geranios de sus ventanas; a veces, hay una calle serenamente asomada al azul de la bahía. Paseo, ahora, por lo arenoso de su orilla y percibo un olor a brea que exhalan las redes echadas a secar. Centellea el sol sobre las aguas; observo un blanco relampagueo de gaviotas entre los palos de las barcas de pesca.

Me sé la bahía: allá, lejana, blanca de nieve y resplandor la serranía de Ronda; más cerca: el cementerio ciudadano, con cipreses y olor a mar; menos distante: la esférica playa suavemente arenosa. Acá, hacia su finalización, el verdor romántico de hierbas y árboles de esa altitud, y la verde esbeltez de esas palmeras izadas sobre el mar. Tras un velero, ¡se elevan sobre el horizonte!, lejanísimas, esfumadamente azules, las sierras de Africa, pórtico ardiente hacia el misterio...

Cae la suavidad rosilechosa del crepúsculo sobre la bahía. Tiemblan lucécitas, aquí y allí, no sé dónde. Esa blanca línea recta que es Gibraltar toma una rosada color. Y mi corazón se va llenando de melancolía. Ya de noche: un espesor azul y sombrío baja sobre las aguas del muelle. Todo desaparece bajo una atmósfera de negrura. Contemplo el misterioso titilar de las luces de Gibraltar. Y mi espíritu se hace huésped de una ciudad de ensoñación y luz.

Allá, Algeciras, invernal y triste, tiene soledad de puerto lluvioso. Pero ha sido, hoy, lunes de enero, al salir, — con los músculos ágiles y despejado el cerebro —, y atravesar después este puente, húmedo de mañana y luz, cuando en mis pupilas se ha revelado todo el secreto de la bahía: su azul hermosura.

La sed que no se calma nunca

**Para Amancio Marin, en la cátedra
sin palabras.**

Jesús va de Jerusalén a Galilea; solo, la frente alta al sol de la tarde; pálido, pensativo y ensimismado como una Estampa de Gabriel Miró.

Hace calor, el polvo de las veredas le enturbia las pupilas clarísimas. Es la hora sexta. Y se siente rendido. Cristo se cansa.

En el camino cerca de Siquen está Samaria, maldecida por los rabinos: la de las mujeres hermosas y los perfumes riquísimos: menta, azahar, nardo y el aroma dulcísimo del silaloé.

Los doctos de la Sinagoga la odian. Jerusalén la aborrece.

Y la plebe. Pero ella no quiere saber nada de aquella hostilidad ni de aquel encono.

Es feliz con su cielo claro y sus palmeras verdes, es feliz con sus granadas y sus almen-dros en flor.

En sus arroyos y en sus huertas se copia aún la gracia impecable de aquel cielo azul que trastornó a los asirios.

Es la flor prohibida que destila exhalaciones delirantes: la Sichar-Sicar que enardeció,—púrpura, metal y besos—la languidez enfermiza de Asurbanipal.

Y tal vez por eso la aborrece, Judea, tonsuradas de cenizas y harapos. Pero en Samaria está el pozo de Job. Y Jesús se ha sentado a descansar en este pozo.

Está rendido y tiene secos los labios que destilan parábolas maravillosas. Le crucifica la sed.

Y se acerca una mujer con un cántaro.

Cristo la está esperando con ansia.

No hay nadie más por el camino; ni una casa, ni un árbol.

Pesa el aire en aquel enorme silencio de las arenas.

Cruza un pájaro el horizonte cuajado de sol. Y hasta la tierra siente la blanda palpita-ción de las alas.

Impresiona la soledad. El Maestro dice: Dame de beber.

Y la voz de Cristo se queda temblando misteriosamente en la tarde.

Esto es casi literalmente San Juan (IV-VII), ¿pero cuántos Evangelios chiquitos se pue-den sacar de esta página?

Conozco a muchos que han tenido esta misma trágica sed en los labios.

Unos eran adolescentes y bebían con naturalidad; la juventud puede acercarse sin tem-or a estos pozos de mármoles moreno.

Es su Hora. La juventud sí ¿y los otros?

Aquí está ya el calvario tremendo. Roto el equilibrio y la armonía del músculo; roto el bronce y el perfil estatuario, el deseo resulta una exigencia ridícula, una petición absur-da, una invitación a la violencia y la violencia es antiestética y por tanto anticlásica.

Porque no hay que olvidar los almanaques ni la Escritura.

Y en el capítulo III del Eclesiastés, está bastante claro:

«Todo tiene su tiempo: el llanto y la risa, la paz y la guerra, el silencio y las palabras, el odio y el amor; porque hay un tiempo de abrazar y otro de dejarse de abrazar.»

Ayuntamiento de Madrid

Y saber apartarse uno mismo, voluntariamente, antes de que los demás nos aparten, acaso sea en lo posible, la más gallarda y serena de las posturas.

—¿Que esta sed no se calma nunca?

¿Nunca? Esta negación en absoluto es lo que falta probar.

Primero problema de voluntad. Creo en la voluntad por encima de todo. La voluntad es inmensa, nos arrastra por el fango o nos eleva hasta las estrellas; es cuestión de interesarla, de embarcarla en una empresa de anchas ambiciones; pero esta soberanía de la voluntad es intangible y exacta.

No importa que el barro nos llegue al pecho; si queremos, nos salvamos. Esto es dogma. Y por este dogma augusto y serenísimo que exalta al Hombre por encima de la carne, corre encendida la Sangre del Calvario.

Cristo murió para redimir al alma de ese fatalismo de secreciones. Miente Freud. No nos determina el tiroides, ni el capricho de las hormonas. Si nosotros queremos, si interesamos en esta empresa toda nuestra alma, nos salvamos por encima de todo; por encima del deseo, de la fatalidad del subconciente y de las cápsulas suprarrenales.

Lo difícil es precisamente esto: querer. Y querer de verdad. Todo lo demás le está subordinado.

Por teología cristiana, el Hombre tiene en sus manos su destino. Palabras de Cristo: «El que quiera que me siga».

No es verdad que escoja a unos y rechace a otros como se creyó en Port-Royal. Nos ha llamado a todos. Ha dicho: «Yo soy el camino, el que quiera que me siga». No el que pueda, sino el que quiera. Cuestión de voluntad.

Nos ha dejado libres las manos.

Ha sabido respetar nuestro libre albedrío exaltándose y exaltándonos.

Y acaso sea éste, el más asombroso misterio de su gloria.

Los hombres de la revolución francesa se creen que han descubierto la libertad religiosa y se la enseñan al mundo en la bandera tricolor, sin haber meditado que ese concepto de la libertad, había nacido en Belén y se había santificado en los labios augustos del Cristo; que antes del Mesías estaba en embrión en el Génesis.

Y después del Génesis, hecho ya tempestad de luz en el capítulo XX del Deuteronomio: «Pongo por testigo al cielo y a la tierra de que os he puesto por encima del bien y del mal, entre la vida y la muerte. Elige, pues».

¿Y esto de elegir no es una función de la voluntad?

Si queremos nos salvamos. Si queremos nosotros se nos acaba para siempre esa sed.

¿Que nos va a costar mucho alejarnos del pozo?

Desde luego; una cirugía de hierro en los nervios y en el pensamiento. Necesitamos crucificarnos todos los días. Y orar con Cristo para que nos mate en el corazón la sed; al menos, para que nos la calme; para que nos dé a beber del agua viva que Él prometió a la Samaritana.

—Señor, si tú no tienes con que sacarla y el pozo es hondo, ¿dónde está tú agua?

Agua de gracia, y la mujer no lo entendía.

—Porque el que beba de esta agua volverá a tener sed, pero el que bebiere mi agua no tendrá sed jamás.

¡Señor, cualquier día es bueno para empezar si tú quieres!

¡Cualquier día puedes venir tú también a mi pozo de Samaria!

El arte nocturno de Víctor Delhez

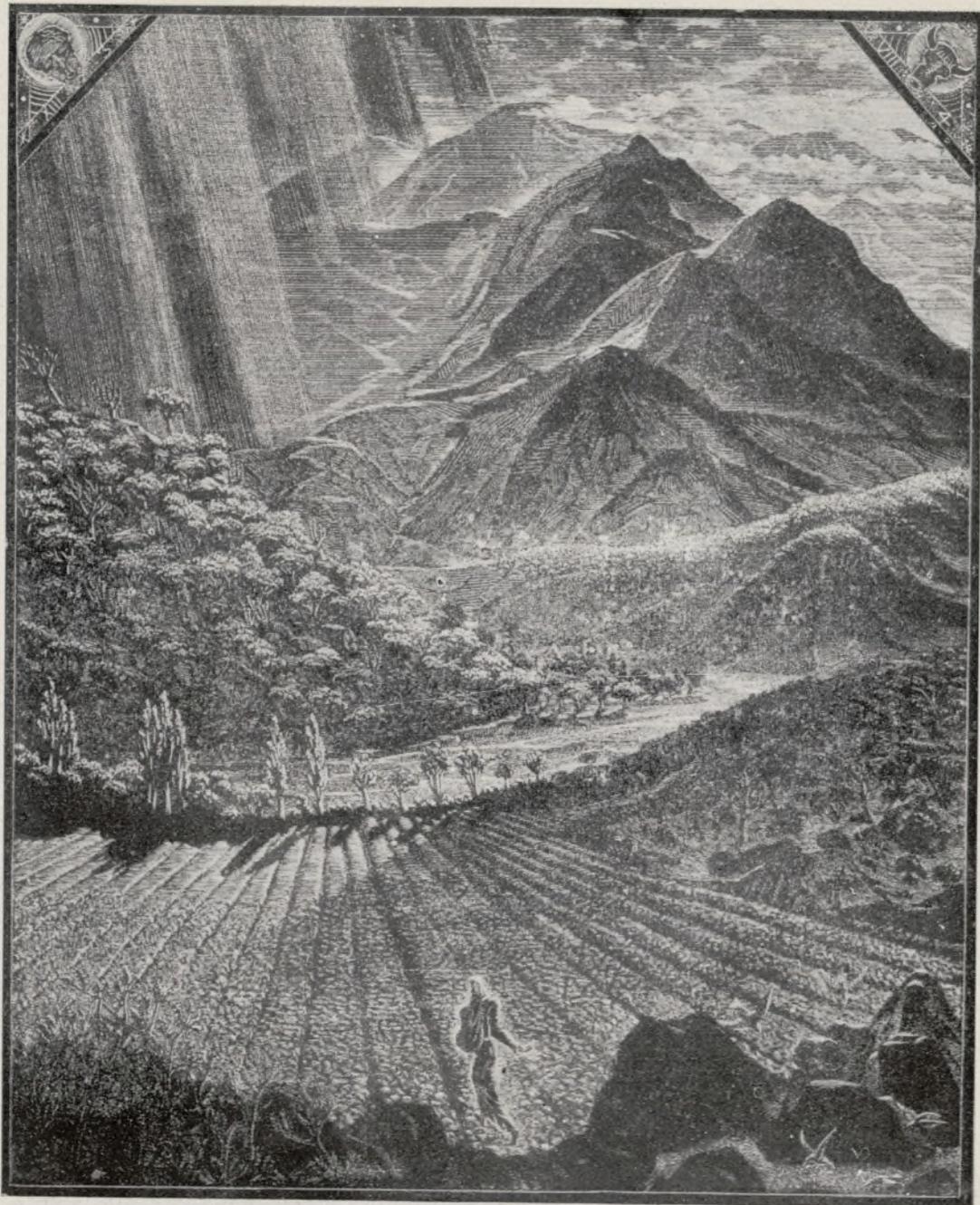
De los dos grandes estilos de Europa, el del Mediodía y el del Norte, Delhez tomaba en partes muy desiguales su fuerza: de aquél poco, pues el fundamento plástico de la cultura grecolatina no era su ideal; del segundo casi todo, porque la envergadura cósmica del barroco respondía mejor a la tensión múltiple de su temperamento. Conociendo su camino, Delhez se mofaba de los críticos que lo admitían sólo como técnico, sin comprender que el anhelo de infinito que se siente como una flecha hacia el cielo en el gótico, o se expresa en una búsqueda hacia dentro en la profundidad del barroco, vive también en toda naturaleza nórdica, con el amor violento a lo desmedido e inexpresable y a la superposición de planos que busca la expresión por líneas, no por formas.

A la pregunta de un crítico que le preguntara porqué complicaba tanto sus grabados, poniendo cosas ajenas al Evangelio, Miguel Angel sólo requirió de un árbol para expresar el Paraíso, Delhez respondió:

«Todo literato podría expresar en una página las síntesis del Quijote; pero sus novecientas páginas, con historias intercaladas, larguísimos enredos y peripecias, son lo eterno, lo total, lo que no todos pueden imitar».

El apego por lo mínimo, que Messer Alberto Durero califica de «espulgamiento», practicándolo con deleite, era para Delhez un nuevo y peculiar sentido de profundidad. También Altdorfer, con su «Batalla de Alejandro», demostró que por el excesivo detalle se llega a la infinitud de lo pequeño. El prejuicio del detallismo se destruye con el ejemplo de esteta, para quien basta contemplar el cielo estrellado, compuesto de brevísimas unidades, casi simples puntos colocados en una misma vitanda angostura, el abismo iluminado que nos da una sensación aterradora de infinito, para comprender que lo ínfimo puede expresar también la máxima potencia. ¿Por qué tomaban a Delhez por preciosista? Porque confundían el preciosismo bizantino con la riqueza del gótico, sin advertir que este último es un multiplicador de motivos, cuya vitalidad lírica y despierta enciende todo lo que toca.

Lo gótico... ¿Qué es lo gótico? Worringer lo define como la aspiración violenta hacia lo alto; la aspiración al infinito que se traduce por superposición de planos iguales, es decir la multiplicidad. Para Wolffin la voluntad de forma gótica es dramática. Un delirio místico parece urdir el conjunto imbricado, abigarrado. Un «pathos» dinámico, arrollador, se enciende desde la base hasta las agujas con fervoroso afán de ascensión. Si en arquitectura lo clásico es la estática de la piedra, lo gótico es la dinámica de la piedra que como si fuera un alma libre se despereza, se retuerce, trepa y gesticula escalando locamente las alturas. El gótico es la consagración del principio de orden, de subordinación de los individuos a una idea central, del desprendimiento egoísta de la vanidad. De cualquier ángulo que se mire—arquitectura, música, poesía, pintura o estatuaria—gótico es lo que exige resistencia, erigiéndose sobre líneas sólidas y numerosas, como el edificio admirable de la escolástica medieval; y sólo se da, en



PARÁBOLA DEL SEMBRADOR

(San Lucas VIII-5; San Mateo VI-5)

“He aquí, un sembrador salió a sembrar”.

Grabado de VÍCTOR DELHEZ.

Ayuntamiento de Madrid

esencia, por una capacidad innata para sacrificar lo temporal a lo intemporal, el medio al fin, la ambición a la necesidad, lo superfluo a lo fundamental. Es el punto en que se quiebra la línea de mayor resistencia. Y es también, en buena parte, lo que más tarde resolverá el barroco en mayor grado: un modo de comprender la belleza como lo inagotable, es decir lo que siempre puede expresarse por un motivo más.

Estaba en estas ideas, cuando tropezó con estos párrafos en una novela de Chesterton:

«Debajo y redor de ellos las líneas del edificio gótico se hundían en el vacío con agilidad vertiginosa y suicida. En la arquitectura de la Edad Media hay una energía titánica que, bajo cualquier aspecto que se la vea, parece siempre precipitarse como un caballo furioso. Aquella iglesia había sido labrada en roca antigua y silenciosa, barbada de musgo y manchada con los nidos de los pájaros. Pero cuando se la contemplaba desde abajo, parecía saltar hasta las estrellas como una fuente; y cuando, como ahora, se la contemplaba desde arriba, caía como una catarata en un abismo sin ecos. Aquellos dos hombres se encontraban, así, solos frente al aspecto más terrible del gótico: la contracción y desproporción monstruosas, las perspectivas vertiginosas, el vislumbre de la grandeza de las cosas pequeñas y la pequeñez de las grandes; un torbellino de piedra en mitad del aire. Detalles de la piedra, enormes por su proximidad, se destacaban sobre campos y granjas que aparecían diminutos a la distancia. Un pájaro o fiera labrado en un ángulo, resultaba un enorme dragón capaz de devorar todos los pastos y las aldeas del contorno. La atmósfera misma era embriagadora y peligrosa, y los hombres se sentían como suspendidos en el aire sobre las alas vibradoras de un genio colosal. La iglesia toda, enorme y rica como una catedral, parecía caer cual un aguacero sobre los campos desolados. —Creo que andar por estas alturas, aun para rezar, es arriesgado—observó el Padre Brown—. Las alturas fueron hechas para ser admiradas desde abajo, no desde arriba.—¿Quiere usted decir que puede uno caer?—preguntó el otro.— Quiero decir que, aunque no caiga el cuerpo, se le cae a uno el alma».

He aquí el aspecto decisivo del gótico: se le cae a uno el alma. Es la opresión tremenda que erige su grandeza emocional sobre la derrota sucesiva del alma, vencida por la monumentalidad, la acentuación del movimiento, la constante y profunda fluctuación de fuerzas. El grabador que proceda de un goticismo ancestral será, pues, hijo de un conflicto desmedido contra sí y contra el mundo.

Cuanto más estudiaba el problema, Delhez creía comprender mejor su posición: estaba en la línea septentrional, no en el mediodía.

Se apartaba de la percepción plástica y sensual del greco-romano, visión estática de las imaginaciones que tiende al equilibrio, a la ecuación armónica de lo externo con lo interno. No lo satisfacía el concepto vital antropocéntrico, que toma al hombre como medida de todas las cosas y sus facultades, manifestándose por la forma ceñida, la expresión armoniosa, la idealidad estética; ese «*pathos*» de orden y medida que la música del clásico resume apoyándose en la línea melódica. pasión de una sola voluntad.

Se sabía gótico por su tendencia a romper la proporción, sintiendo el espacio,

la vida y su alma como un continuo desenvolvimiento que subraya el eterno devenir de las cosas. Todo en sus grabados parecía resolverse en pugnas acerbadas; pugna de ideas, pugna de formas, pugna de intenciones; lucha de la cual se redimía buscando un punto de apoyo fuera de sí, en un mundo trascendental. Pensaba con Wohlfart que el gótico posee un alma siempre en peligro de ser subyugada, aniquilada por el mundo exterior; entonces comprendía que el gótico «padece» la vida, el mundo, a sí mismo, por lo cual todas sus formas de arte eligen modelos que reflejan aflicción, dolor del espíritu tenso, voluntad indómita hacia arriba, más allá de toda medida, de todo equilibrio, de toda serenidad. Por eso también la escuela musical gótica, desde los primitivos hasta Bach y desde Bach a Wagner, desdeña la línea melódica desarrollándose en un flujo continuo de líneas independientes y libres entre sí; opone a la tradición homofónica la irrupción potente de la polifonía, que es el conflicto de muchas voluntades, o sea el espejo del «pathos» septentrional.

Veía su ilustración a «La Ciudad Ociosa» de Lord Dunsay:

«Súbitamente se precipitaron el uno contra el otro, espada contra guadaña». Contienda del Angel del Señor y la Muerte. Dos figuras en tensa oposición se movilizan por el cuadro: lo señorean con dinamia irresistible. Agil, vibrante la una, cual surgida de la onda de un torbellino; negra y angulosa, incorpórea la otra, forjada sólo de huesos y de un velo oscurísimo, translúcido, con algo de murciélago. Tema simple, tratado hasta el agotamiento, pero nunca dentro de expresión tan concentrada, que amarra la realidad a la ficción. Escena terrífica. La Muerte es un viento funeral que avanza con presión insostenible, amenazando destruir cuanto abarque la guadaña inorosímil que recoge todo el cuadro y el palo sin medida que se dispara al infinito. El Angel del Señor descien- de con el furor del justo, enarbolando maciza espada; el cuerpo husiforme, violentamente contorsionado, acciona los brazos como aspas, revestido todo él por la flexibilidad de un pájaro o la extrema movilidad de un pez. Por el barroquismo de la postura parece escapado de un lieneo del Greco. También el Angel, colérico y voraz, quiere encerrar el cuadro entre el ala tendida y la causa anhelante. Angel y Muerte pugnan por salir del estrecho marco que los contiene; se despedazan en los bordes; comprimidos, quieren expandirse; vertiginosos, buscan la victoria. Contemplando la oposición de ambas figuras, que parecen encajar una en la otra, el Angel desatando su fuerza con el esplendor del día y la Muerte avanzando avasallante cual la noche, se comprende el poder metafísico del cuadro. Al fondo una ciudad innumerable. Cuando se diría agotada la perspectiva, surge un desfile de montes; y más allá la vida intensa del horizonte marino, la línea mística de los flamencos, que separa el cielo de la tierra con su anhelar al infinito, donde la neblina inmaterial de distancias mayores que las distancias reales de las claras atmósferas, cree en un sentido biológico, sube a través del alma nórdica hasta un límite extenso de espiritualidad. ¿Hasta qué punto mora el alma moderna en el torbellino del Angel con la Muerte? Y esa fricción de cuerpos, símbolos e ideas, ¿no es una anticipación plástica del desequilibrio que nos circunda?

Los gallos en el «Poema del Cid»

Los gallos cantan y cantan en el *Poema de Mio Cid*: los vigilantes gallos de la madrugada, solidarizados en la querencia de la amanecida.

Sus brillantes dianas van rasgando las tercas tinieblas últimas; asaltando, en ahincada escaramuza de fervores, las primeras almenas de la luz.

(Diríase que Castilla, a su rotundo y desvelado ímpetu, va como haciéndose toda un largo, estremecido clarín; rasgando su propia carne prieta y entrañable, en milagrosa ascensión de arrebatado espíritu...)

El juglar sabía bien de ese torneo de gallos en madrugadas rurales, campesinas: halagador arrullo de sus mejores entresueños. De su bélico ardor, que va enredándose al morir en los altos chopos húmedos de rocío y de estrellas.

El juglar sabía bien del guerrero temblor de los gallos al filo del alba; ese temblor que pone escalofríos de aventura y misterio en la sangre.

De su a modo de rito popular, que ungió de solemnidad los amaneceres de Castilla, que Castilla iba viviendo, en plenitud de corazón y espíritu, por rutas y calzadas rumorosas de nostalgias latinas.

Cantan, cantan los gallos en el venerable Poema. Aquí y allá van lanzando sus floridos pregones: escarlatas banderas que flamean en los aires dormidos; flamígeras saetas que se afilan en el claro silencio de la madrugada.

Cantan los gallos con renovados bríos, apretando en exactitud y afinando la sensación óptica y acústica del paisaje y la hora.

Pero su voz no queda en puro lirismo. Su voz tiene también sonoridades épicas. La épica también del momento y del paisaje históricos.

No son sólo gallos que cantan en bardales adivinando el alba de los cielos. Son gallos que adivinan al par fecundas alboradas históricas, en que Mio Cid abra un poco más el cielo de Castilla: de España.

Son clarines que quieren adelantar el día, para apresurar la victoria del héroe. Son dianas heroicas, de esa madrugada perenne que es su destierro y su gloria.

«Apriosa cantan los gallos, e quieren quebrar albores»... «Apriessa cantan los gallos», a los maitines litúrgicos, cuando Mio Cid llega a Cardeña a despedirse de su mujer y de sus hijas; «e quieren quebrar albores», como para que el héroe, por el rey exilado, salga pronto del doloroso trance de la despedida—«assís parteu unos d'otros—como la uña de la carne»—, y sus músculos de lucha se templen cuanto antes en el alba fría y olorosa del campo.

«A la mañana, quando los gallos cantarán,—non vos tardedes, mandedes enseñar,—previene el Cid a sus guerreros. Y a la madrugada, lanzarán puntualmente los gallos sus vibradoras flechas, queriendo desgarrar las sombras nocturnas para que Mio Cid emprenda definitivamente el camino del destierro.

Los gallos van lanzando en los momentos oportunos sus ardidos quiquiriquís, como llamas que van alumbrando la gesta. Puntuando con sus precisos relojes los pasos de la aventura. Anudando en los aires sus penachos de música como banderines de triunfo.

Aún como puro toque ambiental, los diligentes gallos espabilan sus ímpetus cantores de acuerdo con el tono hazañoso del Poema: como intrépidos guerrilleros de la noche que sueñan franquear el castillo del día. Pero esta elemental imagen se ensancha, se duplica, por su reiteración y su estratégica presencia, y los gallos parece que también asumen voluntad de auténticos guerrilleros que quisieran franquear igualmente, abriendo al Cid albas propicias, todos esos castillos, villas, lugares enemigos, que el héroe va encontrando en su peregrinación por el destierro.

«Poéticamente la imagen *quebrar albores*—dice Guillermo Díaz-Plaja—tiene un sentido uniforme, que hace referencia a algo compacto, completo (*la bóveda de la noche*) que se resquebraja y se abre ante la luz». Paralelamente a este estricto sentido, se transparenta en esa imagen—bellamente utilizada por algunos poetas de hoy—otro sentido más complejo, igualmente unánime, uniforme, que parece aludir a esa cerrada noche del destierro, que hay que alumbrar con días de victoria; a esa guerra que pone su dura coraza ante los esforzados pechos, y que hay que vencer abriendo brechas de luz—albores de júbilo—en sus compactos muros.

«La madrugada—dice también el mismo crítico—tiene para el juglar un sentido lírico, de exaltación. A la madrugada se inician muchos de los episodios gloriosos del poema». La madrugada es el inicio de muchos triunfos cidianos. Pero son los gallos despiertos, vigilantes, unidos en el fervor del alba, más también en la tarea de ir amaneciéndole al Cid sus días de gloria, quienes los traen, quienes los sacan de las sombras con sus sonoros berbiqués.

Tan firme queda en la memoria su pregón madrugero, que hasta cuando ya los albores llegan solos, diríase que gallos invisibles siguen lanzando sus dianas de urgencia.

Los gallos, sí, van siempre visibles o invisibles—tal es el relieve con que queda temblando en el aire del Poema su primer canto beliger—resonando en todas las madrugadas de la admirable gesta.

Como ritmo de armonioso romance van ilustrando, abriendo en el Poema las radiantes jornadas, cantando primicias venturosas, colaborando, en suma, en las portentosas hezañas de Ruy Díaz de Vivar, «nuestro» Cid, que en buen hora ciñó espada.

P . P É R E Z C L O T E T

En un movimiento poético, nosotros levantaremos éste fervoroso afán de España; nosotros nos sacrificaremos, nosotros renunciaremos, y de nosotros será el triunfo.

JOSÉ ANTONIO

Ayuntamiento de Madrid

ROMANCILLO
DE LA MOLINERA

Se está nublando la tarde
de un azul blanco de harina.
El agua pasa lamiendo
los juncos de las orillas.
A la puerta del molino
la molinera suspira:
blanca la cara y las manos
de un azul blanco de harina.
¿Qué ha visto la molinera
que está mirando y no mira?
¿Qué ha visto, que por sus labios
corren temblores de harina?
¿Qué ha visto la molinera
que tantas veces suspira?
El río sigue lamiendo
los juncos de las orillas,
y se lleva en sus espejos
un azul blanco de harina
que cubre todo el secreto
del agua profunda y fría.
A la puerta del molino,
como una luna dormida
en un cielo de Septiembre,
la molinera suspira...

25 DE
DICIEMBRE

En el vagón, inglesas
fumando;
sacos de piel de Rusia,
revistas y perfume...
¡Qué dulce ésta tibieza
de invernadero humano!
Fuera, el frío y la niebla,
los pastores y el campo.
Lejos, tú, me esperabas
con un mundo de estrellas en las manos.

EL ÚLTIMO
SOL DEL JARDÍN

Se va la luz del jardín.
No la dejéis escapar.
Sujetadla en el confín
de las bardas. ¡A cazar
los últimos arboles
de los nostálgicos soles
do la fronda del jardín!

Francisco JAVIER MARTÍN ABRIL

DOS ROMANCES

DE

ADRIANO DEL VALLE

SEGUNDO PLIEGO POÉTICO
DE
"CAUCES"

Ayuntamiento de Madrid

PÍO NONO

Carrozas almibaradas
—rajas de limón por ruedas,
pescantes de caramelos,
de azúcar las portezuelas,—
corriendo, rodando vienen;
delante, cuatro libélulas,
con postillones de fruta
sobre gualdrapas de almendras.

De San Leandro en los dedos
melificaron abejas;
Mayoral con riendas dulces
entre la flor de sus yemas.
Su posta viene corriendo,
rodando sus bizcotelas,
con mazapanes barrocos,
con su tiro de libélulas,
con postillones de azúcar
y dulce miel sobre hojuelas.
Sobre cojines de flanes,
con purpuradas frambuesas,
dormitando entre las moscas,
un Pío Nono viene en ella.

Le escoltan—Guardia Suiza—
seis pastelillos de crema,

con envainadas espadas
en vainillas succulentas.

Un secretario de hojaldre
de anises pasa las cuentas,
mascullando avemarias
que otros quisieran comerlas.

Se arropa el sol con arropo,
dulce ya la brisa vuela,
levantando la esclavina
de una purpurada fresa,
y el secretario de hojaldre
a San Leandro le ordena:
—Vuelve, San Leandro, a Roma;
vuelve el tiro de libélulas
y enciende ya en el pescante
los bombones de canela,—

Merengadas ya las nubes,
escarchadas las estrellas,
de papel plata los ríos,
de almidón las rosas frescas,
San Leandro volvió a Roma
su carroza confitera.

FABULA DE LA ROSA Y EL VELOCÍPEDO

(1933)

—Cuidado, Doña Perfecta,
—dijo a la rosa el biciclo.—
¿Por qué me sales al paso?
Si no te apartas, te piso...

—Pasa ya, tonto de acero;
no tienes miedo al ridículo.

—El jaramago te adora.

—¡Mentirosol

—Yo lo he visto.

—Yo nací con la manzana;
ví a Eva en el Paraíso
y habrá rosas de mi estirpe
en el día del Juicio.

—No sigas, rosa perfecta,
de eso a mí me da lo mismo;
tienes una vida efímera.

—Todo en la vida es efímero.

—Metafísica estás...

—¿Qué oigo?

—Que eres medio tonta, digo;
más tonta que un miriñaque.

—Eres idiota, biciclo;
quiero decirte tres cosas:
¡cínico, cínico y cínico!

—Con los madrigales cursis
te embriagas, es tu oficio...

—Y el tuyo llevar al parque
los tontos, en equilibrio.

—Tú no sabes geometría.
El relojero es mi amigo;
tienen ruedas sus relojes
que aprenden de mis prodigios...
Euclides hizo posible
que yo esté hablando contigo.

—Déjate de garambainas
y demás textos científicos;

Ayuntamiento de Madrid

cien poetas me cantaron
antes de nacer Virgilio.

—VÍ libros de un ingeniero;
mi esquema viene en sus libros...

—Soy ex-libris de las flores.

—Yo el colofón de lo antiguo:
los hombres quieren volar
e inventan el velocípedo.
La perfección de las ruedas
madura en mí su principio.

—¿Las ruedas eran cuadradas?
¿Rodaban a pie cojito?

—Mírame; frágil, aéreo,
tengo radios, no pistilos;
corto rosas de aire al viento,
corro como un cervatillo,
biselado por la brisa,
virtuoso y agilísimo;
tengo esbeltez de jirafa
que aparece en espejismo.
¿Y tú, rosa...?

—Presumido.

Como no tengo tu labia,
ni tu jarabe de pico,
verás qué dice un poeta
que me canta en este libro...

*Y la rosa reflejaba,
en níquel de velocípedo,
perfecta, pura, geométrica,
la Anunciación de un prodigio
que iba a emparentar compases,
rosas, lápices y lirios.*

*Se cuenta que se casaron,
que tuvieron muchos hijos...*

*Automóviles perfectos,
hidroplanos de aluminio,
son los nietos de una rosa,
los nietos de un velocípedo.*

Adriano del Valle

Ayuntamiento de Madrid

Paisaje literario

1

Ahora que el viento huracanado de la guerra sopla de nuevo sobre Europa, un diario parisino recuerda el éxito triunfal de aquella comedia de Jacques Natauson, «El Verano», estrenada en Octubre de 1934 en la inauguración de uno de los más importantes teatros de París, el de la «Nouvelle-Comedie». Bien merecía Jacques Natauson ese honor, porque aunque solo hace unos años que escribe para el teatro, le han bastado dos o tres obras para situarse entre los primeros dramaturgos franceses.

En esta hora de inquietud y de zozobra, en que toda una civilización tiembla ante el porvenir, evoquemos, siquiera sea a grandes rasgos, el simbolismo hondo y aleccionador de «El Verano». El mismo día en que las potencias occidentales, extenuadas después de una lucha larga, cruenta y estéril, firmaron la paz, comienza la comedia. Y sus protagonistas se prometen en ese día de la Paz, que abre la aurora de una primavera para Europa. Para Europa, y para los enamorados.

La acción continúa en el verano del 34, cargado de amenazas, lleno de dificultades, tras la breve primavera, que fué como un sueño de esperanza.

Pero donde la emoción y la verdad de la obra culminan, es en el desenlace. Un desenlace bárbaro y trágico, colgado sobre el vacío de un mundo vacilante y cobarde... ¿Va a ser realidad,—realidad patética, tremenda—el desenlace que Natauson deja adivinar más allá de la literatura?

«Ganemos tiempo. Amémonos mucho. Vivamos unidos. Triunfará la razón. Triunfará la inteligencia. La paz bien lo merece.

»Lo merece, sí... Pero también hace falta...

»¿Qué?...

»No sé..., pero creo que si todos los hombres de buena voluntad unieran sus esfuerzos...»

2

De tiempo en tiempo, el conde de Keyserlyng hace una fugaz aparición por los escaparates de las grandes editoriales. Como aquella aristócrata rumaná de Pedro Mata, la Rumesku, que iba por el mundo derrochando una fortuna en dinero y otra en sutiles decadencias, esta aristócrata polaca, Teresa Palowski, va por el mundo errante, prodigando sus recuerdos. Ella es la que habla esta vez del filósofo nórdico, para contarnos retazos de esas intimidades pueriles y lejanas, inasequibles casi siempre al gran público, y que, sin embargo, son en muchos casos, las facetas más interesantes de la personalidad de los genios.

La Palowski conoció a Keyserling en la corte minúscula y fastuosa del último duque de Hesse, en aquella época en que los soberanos alemanes tenían a gala

invitar a profesores universitarios y a artistas de valía a sus recepciones de sociedad y a sus jornadas de caza.

Luis de Baviera, el rey absoluto, genial y loco, había dado ya el ejemplo, sellando con una muerte hermosa, tanto como trágica, una vida entregada por entero a la más bella locura.

Entonces, Herman de Keyserling era un muchacho perfectamente mundano, corpulento, deportista, infatigable bebedor de cerveza y coñac, de oportos, rines y borgoñas.

Su linaje,—uno de los más claros linajes lituanos—se cuarteaba, roído por la usura y las confiscaciones.

Los consejos del duque de Hesse y la necesidad de apuntalar la casa que se derrumbaba, hicieron de un aficionado a la filosofía, de un profesor universitario, uno de los más discutidos filósofos contemporáneos.

Teresa Palowski volvió a ver a Keyserling, ya en la cima de su gloria, explicando los postulados de la «Escuela de Darmstad», en las Universidades portuguesas, en la Sorbona y en Bolonia.

En esta última ciudad comió con él, ya casado con la hija del príncipe de Bismark.

Frente a los conensales, abrían un horizonte azul y blanco, las montañas que el marqués de Bradomín soñó en su adolescencia, turbada de terrores religiosos, cuando se creía dueño de una dorada vocación de teólogo. (Por cierto, que aquella mañana Keyserling bebió rines y nápoles, oportos y coñacs, con el ardor de su primera juventud.)

Seguía siendo un hombre sociable, elegante, que vestía el traje de etiquetas, con la misma desenvoltura de aquel viejo y sabio Guillermo Wündt, admirado y respetado del Káiser y acaso la más poderosa mentalidad de su país, y aunque gustaba de la soledad y el retiro de su estudio, hacía frecuentes salidas al mundo, acosado por las invitaciones de la corte.

La Palowski se enfrenta con el orientalismo de que hace alarde Herman de Keyserling y exalta la figura del duque de Hesse: «inteligencia prócer de soñador, de gobernante y de mecenas, hombre preclaro, de vastísimo talento, digno de ser universalmente conocido.»

3

En los bosques sagrados de Baviera han nacido las flores de unos versos que están conmoviendo a millares y millares de almas, en las dos Américas.

Violetas tardías, que aromaron la ilusión y la esperanza de una pasión confiada y feliz; rosas de otoño, que dieron su aroma lejano a una sombra imposible de amor.

Son los versos en que una obscura y hermosa princesa, Matilde de Baviera, cantó su amor por un príncipe latino y español, el hijo de Carlos VII. Don Jaime visitó la corte de Baviera siendo muy joven todavía, en los últimos años del XIX.

La música de Wagner y el fausto del «rococó» que inmovilizó Luis II en parques y palacios de leyendas, acogieron al joven «húsar» de Grodno.

El Príncipe, pálido y soñador, llegaba a las nieblas grises de Baviera, envuelto en el prestigio de un romance heroico.

Allá en las montañas del Sur, donde el dulce Sol del Bearn dora bosques y mármoles palatinos, millones de partidarios aguardaban una orden del padre de aquel príncipe para «echarse al campo», caballeros de una causa imposible. La princesa Matilde se sintió ganada por aquel prestigio romántico y nació la pasión grande y callada, resignada y feliz. Pero una torpe intriga tuvo más fuerza que el destino. (A los reyes desterrados les acompaña siempre, más allá de la lealtad y el dolor, la intriga cortesana.)

Aquel idilio no tuvo un desenlace trágico y hermoso, como ocurre en las novelas del ochocientos. El vivió su vida difícil, brumosa, de príncipe bohemio y artista heredero de una Monarquía sin tierras y sin corona. (Fastuosas coronaciones, entierros y testamentos históricos, en palacios extranjeros, prolongaciones de la Patria, entre reverencias antañonas y silenciosos suspiros de *leales*.) Para Matilde de Baviera pasaron los días largos, iguales y monótonos, en su corte de Munich, rodeada de blancas montañas y lagos verdes,—guardianes de un tremendo secreto—, y bosques, en los que duerme, desde los tiempos de Wagner y el rey Luis, la más bárbara y grandiosa armonía del Mundo.

A su muerte, se conocieron estos versos que ahora están conmoviendo a millones de almas, en las dos Américas. Versos de otoño, rosas pálidas de pasión; pobre y divina concesión de una mujer valiente, sentimental y exquisita, al culto de una sombra imposible.

P e d r o M O N T E R O G A L V A C H E



NUESTROS COLABORADORES

FERNANDO DIEZ DE MEDINA

Es el más calificado exponente de la nueva literatura boliviana. Dos libros de versos—«La Clara Senda» e «Imagen»—lo imponen a la crítica. Periodista, crítico, ensayista. Abandona la poesía por la prosa. «El Veletero Matinal» es señalado, por un diario de Madrid, como «el mejor libro de ensayos hispanoamericano de 1935.» Para «La Nación» de Buenos Aires, «cada párrafo es motivo de meditación y recogimiento.» Un crítico italiano manifiesta: «libro digno de un moderno pensador, su maravillosa fragancia lírica enciende todo lo que toca.» Es una joya literaria—dicen de Alemania. Algunos ensayos de Diez de Medina son vertidos al alemán, francés, inglés, italiano. El escritor colabora en prestigiosas publicaciones de Europa y América. «El Arte Nocturno de Víctor Delhez», es la obra de un humanista. Fernando Diez de Medina ya no pertenece a la

literatura boliviana. Es de América y de Europa a un mismo tiempo. De una tiene la fuerza múltiple y nerviosa, el soplo creador. De otra la construcción matemática, el fino discernir. Este libro, verdadera creación en su género, revela a un artista. Y es harto simbólico que sea un hombre del hemisferio Austral, el llamado a interpretar un arte que brota de las brumas del oscuro Septentrión. De Fernando Diez de Medina ha dicho Jacinto Benavente: «Sugiere más de lo que dice. Su libro tiene material para muchos libros.» Escritor de raza, sorprende por su capacidad de vibración. Y es un valor definido en el torrente de la literatura contemporánea, que se incorpora a «CAUCES» con alto fervor hispanista.

Ayuntamiento de Madrid

APOLOGIA Y ELOGIO DEL PUEBLO ARABE

1
A la altura de las columnas de Hércules llegábamos a Berbería en el «Hespérides», galeón o nao de nuestro tiempo, a la vista de las costas tingitanas, al nivel de la más dulce evocación mitológica que inventara la imaginación helénica para la dulce geografía de nuestro afán viajero, en esta latitud donde las montañas hercúleas cifran el símbolo de la deidad del coloso del músculo, junto al elemento que, a la otra fachada atlántica occidental, juega frente a Larache, con las ninfas buscadoras del oro fabuloso.

Al mismo tiempo y en la misma cronología inquieta y descubridora en que Ceuta se abría a la arribada de los émulos de Vasco de Gama y los Peñones rifeños a la santa evocación de las carabelas españolas a las que dió impulso el latido religioso, expansivo y colonizador de Cisneros.

El grato regusto de las múltiples peculiaridades étnicas de Iberia, nos adentraba por estas tierras calientes y áridas como un nuevo Fart Wesht americano, entre una sinfonía de saluciones bereberes y de chilabas rutilantes, en que la prosapia de lo español encuentra un solio y un palio, un acicate de creación y una consigna de cruzada espiritual.

Así, Marruecos se metió dentro de nosotros sin proponérselo y sentimos todo lo que tiene de genuinamente árabe a lo largo y a lo ancho del continente entero, como si en nosotros existiese ya un antecedente prehistórico vinculado a nuestra sangre y con nuestra presencia no hiciésemos sino reaccionar al contacto de la tierra hermana por aborígen.

Hemos convivido con la población densa y llena de sortilegio y atractivo de Tetuán; hemos tenido *chau-chaus* sujeridosres con los ascéticos santones de Xauen; nos hemos embriagado del atrayente encanto de las callejuelas pinas y luminosas, brillantes de mezquitas y sonoras de almuédanos, de las medinas y



de los zocos del barrio de los *chorfas*; nos ha llenado de melancolía y de sentimiento, la lírica exaltación de los rapsodas árabes, que al lado de la necrópolis musulmana invocan las leyendas medievales de los *abasidas* y de los *omeyas*, entre una sinfonía llena de cromatismos expresivos y audaces, más nutridos de versículos que el Corán y más llenos de pirotecnias lujuriantes que los Cantares de Salomón. Nos han llenado de ráfagas de espontáneo enamoramiento, las celosias herméticas de los serrallos inaccesibles, pletóricos de odaliscas del Sudán de prodigiosa euritmia y de eunucos nostálgicos; nos han fascinado los ojos como áscuas que miran tras de los albos *jaiques* morunos; hemos tomado té dentro de los palacios de los *cheijs* merinidas, llenos de sonoridades de agua y de *derbukas* y ensimismándonos en la rutilante policromía de las celosías, de los *haities*, de las metalisterias coruscantes y de los artesonados prodigiosos donde el buril y la gubia han dejado el anagrama de la más dulce poesía de Averroes.

Hemos admirado la santa actividad de los barrios artesanos—el de la alcaicería, el de las tenerías tintoreras, el de los babucheros, el de las lonjas de mercaderías asiáticas y el de los *adules*, donde la caligrafía cabalística de la lengua clásica, hace lapidarios los testamentos y las fundaciones religiosas del *Habús*. Hemos hablado con los *ulemas* de la mezquita de Sidi Bugaleb en Larache; con los *mudarrassin* de las coranías y con los tolbas de la Mezquita Kairauin de Fez, de donde la especie filosófica del Libro por Excelencia sale quintaesenciada y el sentimiento renacentista actual tiene su entronque más severo con el esplendor de los Califatos de Damasco y Granada.

Un Visir nos regaló una espingarda en Alcazarquivir; con un Caid de Beni-Urriaguel hemos tomado rapé en canutillo de caoba y plata; hemos comido *cuscus* con la palma de la mano en las estribaciones del Atlas medio y un día de boda musulmana, en plena Pascua de *Ait el Kebir*, hemos tomado dátiles en Tafilete junto a las palmeras acariciadoras de los oasis, después de beber en un ánfora de metal agua del Dráa con los conductores de dromedarios, que nos contaban en buen *berebere* las incidencias y vicisitudes de la caravana trashumante.

En el barrio de las sugestivas concupiscencias galantes de la Alcazaba, en el Zoco el Foki, bienoliente a pan cenceño y ácimo, lleno del perfume de las manzanas y las chirimoyas y las naranjas de Tensaman, de penetrante aroma a almizcle, alheña y ruibarbo, lleno de la heterogeneidad múltiple de las más opuestas mercaderías—la alfombra de Xauen, el yatagán o el cojín del antiguo bakalito de Alí, junto a las redomas taumatúrgicas de los veteranos curanderos cuyas tisanas maravillosas son la piel disecada del jabalí o del antílope, las yerbas maravillosas del *moniato* o el agua exorcizada de los santones que han estado en la Meca...

En todas las latitudes, con los *haissauas* y los *hamachas* en la Pascua del Mulud; con las cofradías *derkaua*, con los más distinguidos edrisitas en las *zauías* más insignes del Islám, se ha llenado nuestra sensibilidad del latido de todas estas egregias peculiaridades árabes y se ha sentido nuestra alma prendida en la más dulce indolencia ensoñadora, pletórica del sabor del extatismo, de la contemplación y del transporte, ebria de todas las sensaciones exteriores, pren-

dida al imán de todos los colorismos y de todas las luces y de todos los más originales sortilegios que, en el contraste de actividad y vitalidad y molicie y éxtasis, en el vértice de este dinamismo y de esta dulce somnolencia y de este indudable remansamiento sublime, se encuentran tan a placer las inquietudes y las inadaptaciones centrifugas del hombre, encuadrado en un medio de alambicados refinamientos, en un ambiente de propicios estímulos encontrados, en donde el acicate por llegar a la posesión de la tradición arábiga, se une en maridaje feliz con la entrega más absoluta al humo desvanecedor del *no hacer nada*, del embriagarse y desmayarse en las volutas del *kif* opiáceo más estupefaciente y más sedativo al propio tiempo, engendro y gestación de la molicie insigne del divagar profano y señoril, en que los ojos se sienten entornados como por el influjo de un perfume o de una caricia femenina, los dos resortes más supremos y más cautivadores porque se pronunciara el Profeta del monoteísmo antes y después de la Hégira.

En el proteico ambiente del Zoco Garsa el Kebira tetuaní hay un *bakalito* y tengo un amigo.

El zoco tiene la movilidad de un mercado de Alejandría; el *bakalito* la muelle comodidad apresada en cojines que hubieran deseado los siete sabios de Sión para sus disquisiciones y el amigo, una prosopopeya y un equilibrio de dicción y de pensamiento en sus aseveraciones dignos, de los peripatéticos de la Hélade o los filósofos de la Acrópolis griega.

Por las tardes, voy bajo las parras de la calle de Kazdarín, las brillantes bisuterías moras de la calle de Fez, el abigarrado conjunto de los mercaderes del desierto que reposan en los *fondáas* de la Puerta de Sidi Saida y mezclado entre la pléyade de los cambistas hebreos que cotizan la moneda *hassani*, a charlar un rato con mi amigo Hassan el Hoseim.

Vienen también al *bakalito* un *ulema* del barrio de la Suika, un *xej* de Gomara que tiene una prendería de chilabas y zaragüelles en la Plaza del Usáa, un *taleb* alauita de Mequínez y un tejedor de sedas otomano que ha vivido en Estambul, estuvo en Ceilán con el Príncipe de Gales y conoce la tumba de la isla austral en que se halla enterrado Luis Camoens.

Nos saludamos con el saludo de la más pura ortodoxia árabe, llevándonos la mano a los labios después de habernos hecho una ceremoniosa y cordial reverencia; y mi amigo sidi Hassan el Hoseim, es casi por completo el que lleva la voz cantante de estas disquisiciones del crepúsculo, antes de la última oración vespertina.

El agradable *chau-chau* siempre tiene matices de un simbolismo aleccionador de trascendencia en su aparente superficialidad de pasatiempo.

Hassan el Hoseim diserta sobre mahometismo, sobre el Imperio marroquí y su sede secular de Fez, sobre las manifestaciones artísticas del alma árabe, sobre la enjundia espiritual de esta convivencia arábigo-es-



pañola tan fuertemente unida a nuestro temperamento con raíces de fraternidad ancestral...

Cuando habla de la *Kasba*, el santuario de la Meca a donde acude en peregrinación el mundo árabe después del ayuno del Ramadán, las sugerencias evocadoras fluyen de todos los labios y todos los comentarios sitúan el momento trascendental de la revelación del Profeta árabe, como una verdadera lumbrada genial del monoteísmo, que vino en realidad a robustecer el credo cristiano, al remedar los principios coránicos muchos asertos y pasajes bíblicos nuestros, situando las dos civilizaciones preponderantes en el globo como las dos antorchas representativas de la realidad geográfica del futuro progreso: el Oriente y el Occidente. Por esto, Mahoma reconocía la existencia de otros Profetas aún cuando era partidario del monoteísmo sintetizado en la *sura* de la *seharada* o los dos testimonios: «No hay más Dios que Alá y Mahoma su Profeta». Así es, que reconocía la evidencia de David y de Moisés y de Jesús, profetas como él; y con frecuencia decía que Cristo volvería al Mundo para enaltecer su nombre y glorificar el Islamismo, afirmación que si puede tener visos de irreverencia para nosotros, tiene también la faceta agradable que demuestra la necesidad y el anhelo de Mahoma de ver robustecido y enjuiciado su credo con la atención de otro Profeta a quien estima eminente.

B e n j a m í n R A M O S G A R C Í A

Ilustraciones de Diego Mullor.

Antena literaria |

La Asociación de la Prensa, de Sevilla, aprobó recientemente una propuesta de su Secretario, Julio Estefanía, instituyendo el Premio anual «García Míguez», de 1.000 pesetas, en homenaje al primer caído de la Falange sevillana. Se otorgará a la mejor crónica periodística, con arreglo a las bases que oportunamente se anunciarán.



La editorial Cerón, de Cádiz, publicará en breve la novela de Pedro Montero Galvache «La Heredad de Lis».



Eduardo Lloset prepara una antología de poetas de Sevilla.

Ayuntamiento de Madrid

ÉGLOGA

El Pastor alaba los ojos de la Pastora

Pastor: — Vuelve hacia mí tus ojos infantiles...

*¿No recuerdas la vez, paloma mía,
en que por vez primera me miraron?*

*¡Con qué profundidad, sin tú saberlo,
sus luces tan profundas y serenas
penetraron en mi alma!*

*¡Con qué inútil afán busqué el enigma
de su misterio siempre impenetrable!*

*¿No recuerdas las veces
en que, lleno de amor, los contemplaba?*

*Alegres o turbados,
inquietaos o tranquilos,
siempre dieron afán al alma mía.*

Vuelve hacia mí tus ojos...

¡Serenos son y claros como el agua!

*¡Los juncos y los árboles,
como en el agua, en ellos se reflejan!*

Miguel MARTÍNEZ DEL CERRO

Ayuntamiento de Madrid

BRUMA Y GEOGRAFIA DE LA NAVIDAD

No déis oído a esas torpes voces, frías y turbias, siempre las mismas, que constituyen el villano en la ópera de los sentimientos y atraviesan con helado acero de negaciones a lo mejor de la leyenda. Creed a cuantos os digan que todavía, a despecho de la sangre que se vierte y de los mapas que se transforman, es ingénuo la Navidad. Como quien recorre un camino sucio, triste y hosco, sin pájaros ni luz, ni flores, evita la mancha porque le basta con su propia e interior creación de bellezas.

Ciertamente son los tiempos duros y difíciles. ¿Cómo negarlo, cuando nos encontramos en un agudo viraje de la historia, en lo que Hendrik Van Loon llamaría «el pánico de la encrucijada», antesala de la salvación o del naufragio? Tal vez, excepto la de la Edad Media, todo un largo, estremecido sollozo, no ha habido coyuntura histórica más tirante y decisiva, más cargadas de responsabilidades y trascendencia. Pero por eso, más que nunca, hemos de celebrar la llegada de la Navidad, auténtica primavera del espíritu en la que la Humanidad, siquiera una vez al año desarrega el ceño, olvida sus instintos de rapiña y trueca el salto depredatorio por un estrecho abrazo de hermandad.

Hemos atravesado además un período de estrecheces mentales y de posturas necias a fuerza de pretender ser sabios. Jamás oímos tal cúmulo de negaciones y estadísticas. Era que estorbaban las más bellas concepciones, las más dulces tradiciones de los siglos en la lucha por la pitanza o por el cargo.

Pero, al fin, la victoria es del espíritu, ha dicho Ramiro de Maeztu. Otra vez asistimos al fenómeno siempre grato de una revaloración. De una revaloración en sentido afirmativo que conviene con nosotros en que es la poesía y no la estadística la que rige al mundo con suaves riendas de noctíluas y constelaciones. Victoria resonante, claro está. Nuevamente, tras un eclipse de varios años, retornarán los Reyes como, trineos, sol, lluvia y bruma, todo junto, ha retornado la Navidad española.

Y así, todos los fastos, sencillos, solemnes, individuales o colectivos.

Bruma y leyenda constituyen el marco maravilloso en la alegoría de Navidad. Bruma y coplas campesinas, del burgués o del villano, y, también, panderetas y zambombas, historias de frío y lobos junto al fuego.

No radica en más sólidos elementos la fuerza de los pueblos y no ha sido escaso el error al creerlos despreciables.

Todavía se le dilata el alma a ese que espera la Navidad. A ese que sabe como así cobra la vida rasgo y rango, y más si es la lluvia tamboril en la ventana y la niebla guata en la campiña. A ese, que en una ciudad, abiertos los ojos al milagro de los años, empina el fasto a la sombra del arbotante catedralicio.

(De aquella ciudad almenada, carrillón sonoro, ancha sonrisa sobre la blanca gola, alegría del vidrio de Bohemia a esta otra en la que el tranvía hurta el eco a la zamboba, no hay más que una zambomba de fechas.)

Fijáos también. La Navidad tiene su geografía. Ningún país puede sustraerse al

pálido mandato de su mano. Muérdago y acebo en los dinteles de Inglaterra y una sonrisa rubia y byroniana, de ángel rebelde que vuelve a la gracia, en el más joven de los lores. Se enciende el ponche bajo los cuadros de Monet. Paz familiar, tregua en la City al conjuro de unas palabras inmortales. Y en Alemania. Y en Suiza y en Holanda, en aquellos bruñidos interiores, un poco rígidos, en los que Pepys veía posible la felicidad en la restricción.

Son distintos el aire, las voces y los colores, los días de Navidad. Es distinto el cantar que se oye en la ventana, más limpio y penetrante el cacareo barrenador del alma en los corrales, más agudas y cristalinas las campanas, más rica y jubilosa la risa del niño en la plazuela y el viento mismo menos hosco. Si golpea las muestras, las luces y las veletas y cruje en las más altas chimeneas, es como la lluvia que sólo cae para acentuar la dulce sensación hogareña...

Porque los demás días son, eso; sólo días, de camino, de peregrinaje. A dos vertientes, entre las palideces del ayer y las brumas del futuro constituyen un lento arrastrar de desengaños, colección de renunciadas aguas muertas como las que encontraríamos en los lienzos del Bosco o del Breughel.

Hace tres años, ni cortesía ni cortesanía. Ni clima espiritual, claro está, para la liturgia y el holgorio navideño, donde sólo era el tractor compás de la canción metálica. Nochebuena profanada de cifras y agrarismo.

Coyuntura difícil. Sí; viraje de la historia.

Defendamos ahincadamente la Navidad, su geografía de amor, su resplandor sereno de ventanita abierta en la negrura de los siglos. Y no olvidemos, trasunto del angélico mensaje, que es un himno alto e inefable en el que hay voces para todos.

J u a n M I R A N D A

Los bárbaros hundieron el mundo romano, pero he aquí que con su sangre nueva fecundaron otra vez las ideas del mundo clásico. Así, más tarde, la estructura de la Edad Media y del Renacimiento se asentó sobre líneas espirituales que ya fueron iniciadas en el mundo antiguo.

JOSÉ ANTONIO

Ayuntamiento de Madrid

Sipnosis de las Letras españolas en el año 1939

Difícil tarea es la de intentar un esquema literario siendo la producción tan vasta en el año 1939. No obstante, cabe señalar un balance favorable a nuestra cultura en el índice incompleto de algunos centenares de obras, agrupadas por Editoriales importantes.

En primer lugar, los volúmenes políticos, henchidos de doctrina, de la «Dirección General de Propaganda», mentor de la cual es Dionisio Ridruejo, inteligencia prócer y sensibilidad culta.

«Biblioteca Nueva», no en balde la dirige un editor tan sagaz como el veterano D. José Ruiz Castillo, ha emprendido con acierto sumo una doble y nobilísima tarea: la de la hagiografía y la de la biografía. Ambas son dignas de estímulo y reseña, porque arrancan al olvido de la Historia figuras de la gran cantera nacional.

En su magnífica «Colección de Vidas de Santos Españoles» ha publicado: «Santa Teresa de Jesús, síntesis suprema de la Raza», por el P. Silverio; «San Juan de la Cruz o la caridad heroica», por Mariano Tomás; «Santo Domingo de Guzmán, prototipo del Apóstol medieval», por el P. Getino, y «Santo Toribio de Astorga o un momento de la formación de España», por Luis Alonso Luengo.

En la serie titulada «La España Imperial», magnífica colección también de biografías de las principales figuras de nuestro Imperio, ha dado a la estampa «Isabel la Católica», por el Barón de Narvo; «Felipe II, rey de España y un monarca del Universo», por Mariano Tomás; «Cisneros», por J. García Mercadal; «El gran Cardenal de España (D. Pedro González de Mendoza)», por el marqués de la Cadena; «Doña Juana I de Castilla, la reina que enloqueció de amor», por N. Sanz y Ruiz de la Peña; «Don Juan de Austria, paladín de la Cristianidad», por Manuel Ferrandis, y «Hernán Cortés, conquistador de Méjico», por Luis Torres. Con ambas colecciones, Ruiz Castillo lleva a cabo una obra esencialmente reparadora de patriotismo y de cultura hispana.

La Librería Samtarén, de Valladolid, ha editado centenares de volúmenes en el pasado año, destacando el admirable ensayo del estilista y pensador Francisco de Cossío, titulado «Manolo», libro dedicado a glosar la gesta de la juventud española con motivo de la muerte de su hijo; otros tomos de este autor, como «Africa» y «Meditaciones españolas», son también dignos de especial mención.

Samtarén ha dado interesantes obras de Vallejo Nágera, Pemán, Sanz y Ruiz de la Peña, Concha Espina, Entrambasaguas, Narciso Alonso Cortés (magníficos sus estudios de «Literatura Española»), César Silió, Cristóbal de Castro, Juan Beneyto y cien firmas más.

La Editorial Española, de San Sebastián, ha lanzado unos veinte volúmenes en el año, destacándose de ellos el primoroso y profundo ensayo de Carlos Arauz de Robles: «La vuelta al Clasicismo», estudio crítico sobre el liberalismo y su secuela socialista.

Ediciones Españolas, S. A., de Madrid, ha publicado muchos libros también, resaltando en-

tre ellos la novela «Una isla en el Mar Rojo», de W. Fernández Flórez, y las «Memorias íntimas de Azaña», comentadas por la fina pluma de Joaquín Arrarás.

Sería injusto no citar en esta colección también «Tres horas en el Museo del Prado», del académico D. Eugenio D'Ors.

Los Establecimientos Cerón, de Cádiz, han lanzado poco más de una docena de títulos, destacando algún libro de Pemán y las «Gestas de la Armada Imperial», por Víctor de Sola. La Casa Salvat, de Barcelona, ha ofrecido al público una soberbia edición de la obra de divulgación astronómica del P. Luis Rodés: «El Firmamento».

El P. Tusquets, al frente de las «Ediciones Antisectarias», en Burgos, ha llevado a cabo una gran labor de divulgación con una docena de obritas, de diversos autores, que culminan en su libro «Masones y Pacifistas».

Espasa Calpe ha editado poco; tan sólo recordamos una selección de escritos de Balmes y algún otro título.

Ediciones FE, de Madrid, lanzó la gran obra política «Historia del Carlismo», por Ramón Oyarzún.

La Editorial Juventud, de Barcelona, sigue con sus morales y amenas «novelas rosa», y ha editado además biografías tan importantes como un «Ramón Cabrera», del fecundo Mariano Tomás.

La Editorial Araluce, poco después de liberada Cataluña, sacó a luz una excelente novela: «Adán, Eva y yo», por Rafael López de Haro, la mejor que salió de la discutida pluma de este veterano escritor.

La Editorial Ápolo ha publicado varios libros de Guillermo Díaz Plaja y Félix Ros.

La Casa Editorial Susana, barcelonesa, ha sacado a la luz pública un buen libro de aplicación industrial: «La elaboración de especialidades farmacéuticas», Manuel Velú Deniel.

La colección selecta «Poetas de España» ha publicado las antologías siguientes: «Horas de Oro», por Manuel Machado; «Lira de Sol y de Piedra», por Lina Tagore, y «Flor de Romance», por N. Sanz y Ruiz de la Peña.

La Librería Peñalera ha editado «Guerreras», por Eloy de la Peña Suárez y «El mundo del delito», por Reguengo y Peña.

Y llegamos a las Ediciones Patria, de Barcelona, que dirige el escritor Jesús Nieto, que han dado «Inglaterra y los ingleses», por Alfredo Marquerie; «Breviario sentimental», por Xesus Nieto Pena y la última Encíclica del Papa Pío XII.

Por último citaremos el mejor libro del año: «Historia de la Formación de España», por el gran historiador Federico Bordejé Garcés. Fué galardonado por la Real Academia de la Historia con el Premio Manuel Llorente y ahora la ha editado primorosamente Ediciones Rayfé, de Madrid.

Tal es, en síntesis, el año literario que acaba de fenecer.

J O S É S A N Z Y D Í A Z

LIBROS Y PERFILES

LOS ÚLTIMOS LIBROS DE JESÚS NIETO

No siempre se encuentra uno en la vida literaria compañeros tan nobles y amigos tan fraternales como Jesús Nieto Pena, hombre dinámico y excelente escritor.

Ambos extremos corroboran los títulos de sus dos últimas obras "Canto y elegía" y "Breviario sentimental". La primera vá dedicada a la memoria del Alférez Francisco de Asís Román Pardo, caído en acción de guerra por Dios y por España. El poeta Manuel Machado y el escritor francés Charles Laforgue le ponen prólogo y epílogo, respectivamente.

Con cuerda de dolor y voz de llanto entona Jesús Nieto una sentidísima elegía a la muerte del que en vida fuera su gran amigo, heroico camarada de la Falange pristina, que supo caer en acto de servicio, subiendo en línea recta, vertical, por una escala de luceros.

La cincelada prosa del prefacio nos dá conocimiento de la recia fé y del honrado españolismo del autor, que canta a la Patria al mismo tiempo que llora la ausencia eterna del amigo. En la parte titulada "Presagios" adopta la forma clásica, norma métrica que sigue en la bellísima "Oración del patriota" y en la "Epopéya". El canto final del poema narra y glosa en tono heroico-elegíaco la muerte de Paco Román Pardo y en él la voz lírica del poeta adquiere altas y cálidas resonancias.

El otro libro, de fecha más reciente, se titula "Breviario sentimental", colección de relámpagos de humor y filosofía, donde Jesús Nieto Pena, católico y hombre de hogar, ha volcado su corazón y su ingenio sin preocuparse de más. A veces, bajo los juncos de la bien trenzada prosa de Nieto, fluye y corre el agua fresca de su humor galáico, si bien se inclina en la mayoría de las páginas hacia el pensamiento patriótico y la reflexión creyente. Literatura difícil que requiere corazón y talento, de lo cual nos dejó en sus libros el P. Sar-Mar un recuerdo admirable.

Por iniciativa de Jesús Nieto Pena han recogido también las "Ediciones Patria" la Carta "Summus Pontificatus", primera Encíclica de S. S. el Papa Pío XII.

Además, dirige la gran Revista Nacional "Mío Cid", una de las mejores que actualmente se publican y que anuncia para fecha próxima un extraordinario dedicado a la gloriosa Marina Española.

DOS LIBROS Y UN AUTOR

En corto espacio de tiempo ha dado a luz dos interesantes obras el capitán de guerra y de polémica Jesús-Evaristo Casariego: "Flor de hidalgos"—ideas, hombres y escenas de la guerra—y "La Ciudad Sitiada"—novela histórica del Madrid prorrevolucionario y del asedio de Oviedo.

Ha hecho bien el reconocido talento del autor en darles forma novelada a esos dos libros de la mejor historia, la que se forja con sangre y con entusiasmo, en eclesión fecunda de los ideales noblemente sostenidos y de una lucha viril llevada a cabo en las trincheras.

Ayuntamiento de Madrid

Bien ha comprendido Casariego que únicamente en forma de novela podía llevar con fruto la exposición de las verdades nacionales que desarrolla al seno de las familias españolas, conturbadas en esta hora por la guerra, ya que de esta suerte literaria vendrán en conocimiento de los errores pasados, de la verdad de "los de siempre", de cómo y por quiénes se preparó el glorioso Alzamiento, dando luego una visión completa y vivida de la lucha en los verdes paisajes del Norte.

En las páginas de esos dos volúmenes, prendidas con los alfileres literarios de una trama sencilla y artística, se encierra la gran verdad nacional y los medios de curación del trastorno político-social que padecíamos.

Todos los personajes de "Flor de Hidalgos", han tenido existencia real en la vida española, aunque el novelista-soldado les haya dado forma artística en su fantasía. Fernando y Gabriel están tallados a buril en la cantera sublime de la Tradición, conspiraron desde el seno de las montañas navarras hasta las marismas del Guadalquivir, entendieron como nadie las razones patrióticas del hidalgo D. Iñigo, lanzáronse al asalto de los parapetos enemigos como leones y en esta hora triunfal nada piden, porque les basta con la satisfacción del deber cumplido, con haber dejado la Patria en su lugar y las esencias de nuestra Religión triunfantes. ¡Bella fábula a fe mía!

Para ser perfecta como novela, Casariego no debió darle al bizarro Fernando de Esquiez una novia como Ernestina, por aquello de "las afinidades electivas".

El segundo libro es una detallada crónica de la conspiración madrileña y del sitio de Oviedo. "La ciudad sitiada" tiene páginas admirables de contenido y forma, sobre todo en la lucha titánica, ejemplar entre tantos heroísmos como han tenido lugar en nuestra guerra 1936-39, de la Capital de Asturias.

La llegada de las columnas gallegas y su contacto con los defensores de la ciudad, es de una belleza sublime, estando descrita con mano maestra.

El idilio de Martín, capitán y conde de Erica con Celia, la bella y humilde muchachita madrileña, aunque descrito a grandes trazos sobre un fondo barojiano de aguafuerte, tiene la callada dulzura de las almas virtuosas y fuertes.

Y Carlos, el tipo central de la novela, al que como héroe auténtico y literario respetaron milagrosamente tantos elementos desencadenados, sentiríase feliz en estas horas triunfales, porque ya ha "renacido la paz victoriosa, con la que tantas veces soñara en sus días inquietos de conspirador".

"La Ciudad Sitiada" es un gran libro, lo mismo desde el punto de vista histórico que del literario.

Aunque al principio no se diseña la acción novelesca, no tarda en insinuarse. El desarrollo, algo rápido al principio, toma después alternativas que dependen y se ajustan a los episodios históricos.

El interés que despierta la lectura del último libro de J. E. Casariego es grande, excitándose progresivamente, debido a la artística disposición de los principales capítulos, cuya trama literaria y aventuras históricas han de tener un glorioso desenlace patriótico.

J. S. y D.

Estampas Místicas de San Juan de la Cruz

CANTICO DE CASTILLA

A Francisco Montero Galvache.

Poeta en las cuatro dimensiones de la Poesía
—Tierra, Aire, Cielo y Mar,—con un afán común de celda soleada y silenciosa.

Una de las tardes de Noviembre, cuando había las primeras nieves en la llanura y el cielo tenía como un claror dorado en las veletas chirriantes de las torres, llegó un frailuco al pueblo... Tenía los pies descalzos y un sayal de tela basta. Y una sonrisa siempre entre los labios y una mirada clara entre los ojos, como si dentro de él le hubiera florecido la gracia divina de los trigales castellanos...

Eso. Andaba siempre con un libro grande de tapas miniadas...

Era San Juan de la Cruz. Vino a Castilla a bendecir las altas eras campesinas, a dar vida al trigo de los graneros, a fecundar las flores de los remansos y a poner serenidad a las aguas quietas del río.

Una bandada de niños juega en la plaza de Duruelo. Ha llegado doblándose el crepúsculo y desde las azoteas la noche mira con sus ojos de vieja aterida la alegría infantil. Una franja de vencejos pasa y repasa el cielo jugando al corro este-lar en el centro firme y mudo de la primera estrella. En la ventana más alta, hundida en el hábito hosco de las paredes untadas de lluvia, una muchacha mira hacia la singladura ilusionista y marinera de una fila de pañuelos puestos a secar. Se ha hecho el día tacto de un recuerdo querido. En los cartapacios jorobados de las casas empiezan a titilear los candiles y hay un olor a nacimiento y a medievo, a bienaventuranzas y a cuaderna vía, por las rendijas de todos los sueños.

San Juan ha salido del convento.

Una cuadrilla de gorriones picotean en el atrio de la iglesia. El frailecito Juan de Yepes anda despacio, de puntillas, para no despertarlos.

El convento es como una moneda de oro gastado, como un retablo de nogal esmerilado por buriles viejos. La tarde llueve sobre él, todo una fantasmagoría suave de hogueras místicas.

San Juan trae las carnes atormentadas de disciplinas y en las manos hay gotas de su propia sangre como rosas desvaídas en un marco de cera. Los juncos del mar han dado palidez cristalina en la efigie menudita y nerviosa.

San Juan nimbado de ocaso parece un Cristo de tabla flamenca sobre la custodia de un altar antiguo.

La algarabía infantil ha destrenzado el juego y rodea ahora al santo en una explosión de gritos.

Juan, bendícenos... Juan, bendícenos, bendícenos...

Juan sobre el oleaje cándido extiende su mano fina, mano de San Francisco de

Ayuntamiento de Madrid

Asís. Los niños se han callado de repente. El aire tiene emoción de milagro. Corre por las hileras de las plazas, por el dédalo de las calles, por las sombras de los rincones solariegos un escalofrío de santidad Y Juan ha ungido sus dedos en crepúsculo y ha dado su bendición poquito a poco .

La tarde está puesta de rodillas para recibirla.

San Juan de la Cruz danos tu bendición ahora, otra vez. Hay un paisaje de Castilla de cuento, de mesones encendidos de noche, de molinos que muelen trigo racial en la llanura.

En la Plaza un grupo de falangistas con el símbolo de las flechas sangrantes en el pecho espera a que tu mano trace la señal de la Cruz y de España.

Un coro de gañanes ha dejado la mancera y la línea firme del arado, y está arrojado en la plaza... Una plaza de Castilla en ritos de hogueras mitológicas, con sabor a formación castrense y a campanas conventuales, junto a cada mástil de bandera. Y con afán de Imperio y Fe. Con la mística de tus versos, con el acero teológico de tus palabras, con el alerta duro de tus vigiliias eternas.

San Juan de la Cruz, danos tu bendición. Así. . tu bendición nueva, santa, con rumor de agua de serranía, de cielo en alba, de bosque virgen. Tu bendición inocente como a un grupo de niños...

Este sayal de tela azul—hálito de camisa falangista—con que todos vestimos, nos ha dado ¡San Juan de la Cruz! la limpieza de alma justa y precisa, para esperarla en pie, con los ojos abiertos.

J O S É D E L A S C U E V A S

ACUSE DE RECIBO

Portugal ante la guerra civil de España. - (Documentos y notas).

Ediciones S. P. N Lisboa. Secretariado da Propaganda Nacional. Tip Costa Carregal. Travessa Passos Manuel, 27. Porto.

El Estado Nuevo Portugués —Principios y realizaciones Ediciones S. P. N. Lisboa. Editorial Imperio, Lda. R. do Salitre, 151-155. Lisboa.

El Racionalismo.—Dr. L. Gámbara. Biblioteca de Ciencias Sociales, Médicas, Jurídicas y Naturales.

F. Granada y Compañía, Editores. Diputación, 344. Barcelona.

Tiempo literario.—Pedro Pérez Clotet. Ilustraciones de Juan Luis Vassallo. Colección «Isla».

El Molino de cartón.—Diego Díaz Herrero. - (Poemas breves de la Nochebuena).—Editorial Católica Española. S. A.—Huelva.

Aspa. Actualidades semanales de Prensa Alemana. Núm. 16. 15-XI-1939. Berlín. Grunevald, 1. Postbox, 5.

Lyra Sacra.—Romances en honor de la Virgen María, por Adriano del Valle. Edición dirigida por Fernando Bruner Prieto. Imprenta Alvarez. Sevilla.

Homenaje a Zamacola. Delegación Provincial de Propaganda. Imprenta Alvarez. Sevilla.

Verso Libre.—Mario Gandini. Colección de poemas. Imprenta Viadetta. Milano: 1939. Un tomo en cuarto, encuadernado en piel y rótulos de oro. Poesía lírica, alta de inspiración y de forma.

BIBLIOGRAFÍA

POR

LUIS DE BARJA



“EL ARTE NOCTURNO DE VÍCTOR DELHEZ” —Biografía poética, con 64 grabados del artista —Editorial Losada, S. A., Buenos Aires. —Por Fernando Diez de Medina.

Acostumbrados a la biografía meramente objetiva, simple sucesión de hechos y anécdotas y fechas, sin más encadenamiento que la pasión del autor, este estudio de Diez de Medina, nos sorprende, porque además de obra episódica y narrativa, es una síntesis admirable de historia y anecdotario de crítica, de intriga, de análisis profundo y detenido de una envidiable vida de artista; de novela, de poesía, de ficción...

Toda la existencia, aparentemente sombría y taciturna, del gran artista flamenco, fulgura en estas páginas, con el amable encanto de una luz misteriosa y lejana.

Sus correrías, —fué a la vez que un espíritu exquisito y sensible hasta lo morboso, un incansable trota mundos— a través de toda la América española y el corazón de Europa; sus luchas por la

conquista de una Verdad que solo a los predestinados se revela; su independencia altiva frente a los silvos engañosos de todas las fáciles sugerencias. Ya la dedicatoria del libro lo dice claramente: «A los artistas que defienden una idea contra el Mundo». Fiel a sí mismo, Víctor Delhez defendió, no ya frente al Mundo, si no contra un Mundo que aguardaba su claudicación, la Verdad eterna e inmutable de una Idea.

Ni el color, ni la forma, ni el lastre pesado de lo rutinario—esa degeneración abyecta de lo tradicional, hogareño y clásico— lograron apartarle de su senda. Una senda impuesta a su alma prócer de soñador, como se impone una norma moral: fríamente, objetivamente, sin concesiones a sentimentalismos vagorosos...

El aceptó alegremente su destino, y se abrazó a su cruz hasta el final. Por eso cumplió su misión, por eso pudo rezar su consumatum, sin palabras.

Sirve de fondo al estudio biográfico una soberbia evocación de las líneas generales que definen los grandes estilos; la envergadura recargada de lo barroco; la orgía de adornos y motivos ornamentales del churrigüesco; la estilización geométrica, la impecable elegancia del gótico.

De estas corrientes tomaba su ímpetu Delhez, pero sin abandonarse a la imposición de lo adoptado generalmente por dogmático; sin rendirse a una rebeldía ciega y estéril.

Señor de sí mismo, dominador de su fuerza y su luz internas, árbitro de un estilo que él creó y sostuvo victoriosamente contra un Mundo, Víctor Delhez pasó por la vida sordo a las torpes incitaciones de lo ya existente; leal sólo a las voces que le llamaban desde lo más hondo de su yo.

«Todo literato podría expresar en una página las síntesis del Quijote; pero sus novecientas páginas, con historias intercaladas, larguísimo enredos y peripecias, son lo eterno, lo total, lo que no todos pueden imitar».

Diez de Medina se ha identificado plenamente con el pensamiento y el arte del grabador de Amberes. y su biografía poética, aún siendo obra de alta y desapasionada crítica, conserva su maravilloso carácter novelesco. Y su empaque de estudio ágil, analítico, realista. Junto a una descripción de cordillera y bosque, la disección de una sonata clásica, o el análisis de un grabado. Junto al romance amoroso, el esbozo psicológico y la síntesis crítica.

Un libro—en resumen concentrado, de potente visión «útil por igual, al bibliófilo, al estudioso y al lector común»



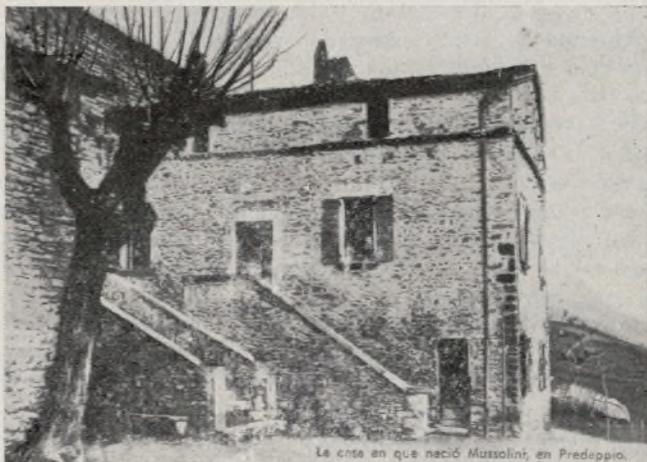
MUSSOLINI.—Biografía, por Jorge Pini.—XII edición.—300.º millar.—Cappelli, editor.—Bologna.

A este libro de Giorgio Pini, o mejor dicho, a una de sus primeras ediciones está ligado el recuerdo vivo de mi primer encuentro con Mussolini. Era en el tiempo de mi adolescencia calabra; cuando en mi ánimo abierto y nuevo — como el surco a las simientes — Homero y Virgilio cantaban con su ritmo divino, el culto poético del Héroe. Y prácticamente bella y heroicamente dura me pareció, a través de la prosa llana y comunicativa del biógrafo, la vida de Mussolini desde pequeño, cuando ayudaba al padre a plegar el hierro caliente sobre el yunque, hasta cuando Duce, se conquistó e impuso «el deber mucho más grave y más duro de plegar las almas» y, con las almas, la rueda misma del destino.

Ahora, a distancia de otros diez años, esta duodécima edición de la popular biografía, aumentada hasta el vigésimo aniversario de los Fascios, me renueva y precisa en el ánimo aquella primera sensación: porque las nuevas páginas no hacen

más que acrecentar aquel sentido de íntima y natural fusión de heroísmo y poesía que de la vida y de la obra mussoliniana, como de aquellas de pocos otros grandes hombres se desprende. No solo por la fuerza y la belleza de los hechos en sí mismos, sino también por el impulso sugestivo, por la confirmación personal que hay en ellos y que anima y encanta porque bien puede decirse que Mussolini realizó en grado sumo, con las naturales integraciones, el humanístico ideal de la «vida como obra de arte». De su vida y de su obra — construcción del Estado Fascista como «voluntad de potencia y de Imperio» — él hace en los días y en los años y en los decenios una amorosa obra de arte. ¿No es acaso su «soledad» — que Pini subraya — expresión de este «estado de gracia», que bien puede decirse artístico, de esta potencia creadora que, si eleva al protagonista sobre las ondas de la vida y de las vidas, lo hace viceversa, íntimamente partícipe y también motor de la más profunda y perenne humanidad?

En la «Historia del Fascismo», Pini aclara acertadamente que la intención de los autores, los acontecimientos de estos últimos cuarenta años de la vida italiana, delineados en la obra, debieron servir de fondo a la vida del Héroe. Bajo tal perfil, esta biografía de Mussolini completa «aquella Historia del Fascismo», y constituye un documento vivo y esencial no solo para el conocimiento del hombre, sino también para bien comprender los tiempos en que él actuaba, y los acontecimientos a los cuales da impulso y dirección. Un documento esencial para todos; pero especialmente para los jóvenes y los niños, a quienes, cuanto más grandes son los hombres y los acontecimientos, más simplemente les son presentados, dejando que sea su misma potencia sugestiva y evocadora la que excita en el ánimo joven y nuevo el estremecimiento de la conmoción, de la participación, del entusiasmo. En tal sentido, la obra de Pini es por concepción y realización, típicamente «juvenil» y por ende también «popular»: absolutamente privada de atractivos retóricos, de pequeñas investigativas, de construcciones doctrinales: llana, sobria, sincera, profundamente sentida y por esto, fuertemente comunicativa.



Asociación de Armadores de Buques de Pesca

DE CÁDIZ

Desenvuelve todas sus actividades
-- en régimen cooperativo puro. --

Rafael de la Viesca, 4.



TELÉFONOS 2606
2553

C A D I Z

Bobadilla y Cía.

Bodegas de Manuel Fernández y Cía. S. L. - Jerez

COÑAC BOBADILLA

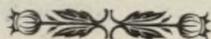
¡Pruebe y Compare!

NUEVA INDUSTRIA JEREZANA

Fábrica de Cápsulas y Tubos Metálicos "SAN PEDRO"

CHACON y Compañía

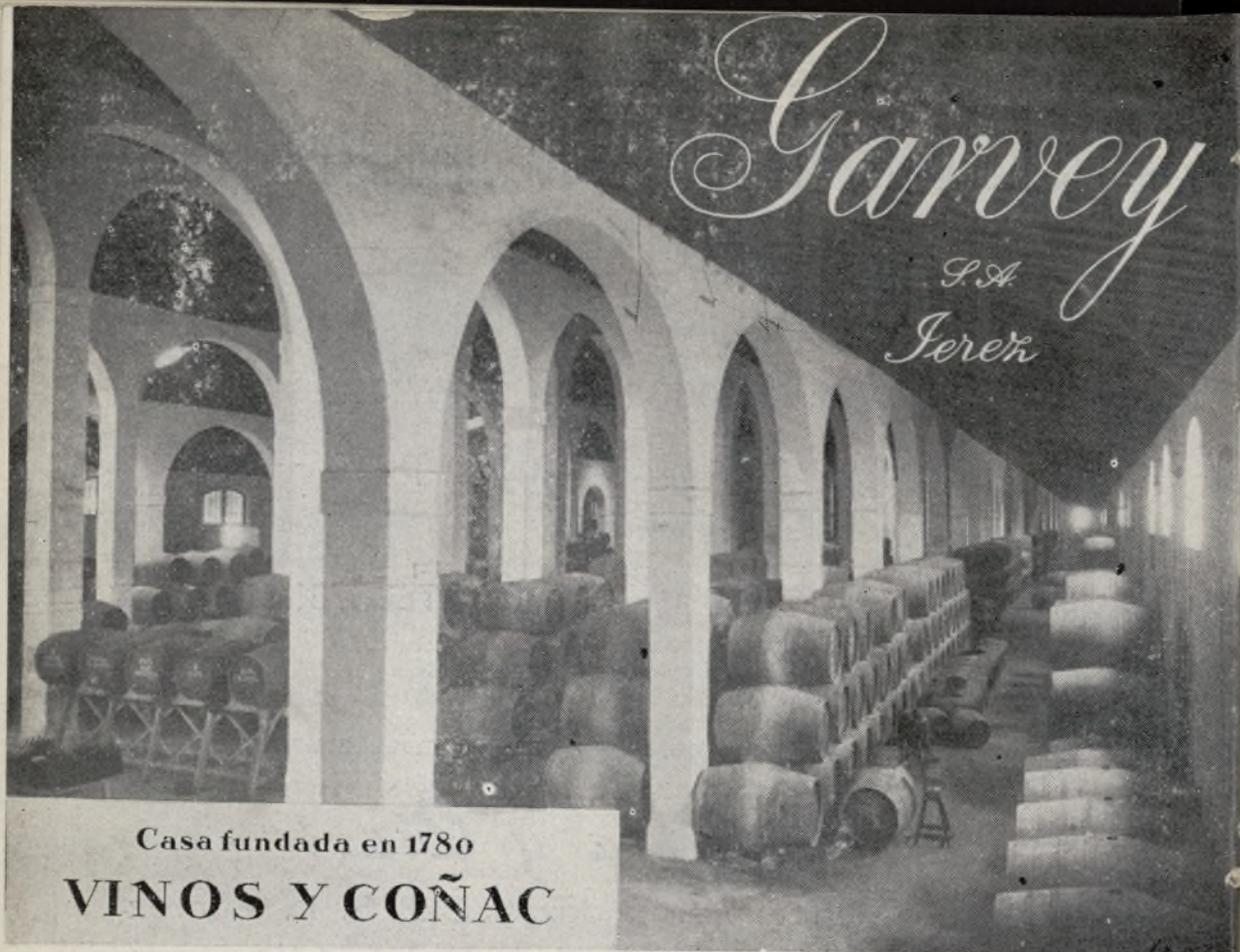
Primera Fábrica Andaluza de Productos de Plomo y Estaño, montada con los adelantos más modernos de la técnica.



Fábrica y Oficinas: Méndez Núñez, 8. - Teléfono 1928

Ayuntamiento de Madrid

Garvey
S.A.
Jerez



Casa fundada en 1780
VINOS Y COÑAC

VALDESPINO

ESPECIALIDAD

Gran Amontillado

INOCENTE

Vinos y Coñacs

JEREZ

Ayuntamiento de Madrid

DE NUESTRO
P R O X I M O
I N D I C E

- GANI, EL DE LAS MARAVILLOSAS PUPILAS. . . *Francisco G. de Travecedo.*
- EL ARTE NOCTURNO DE VICTOR DELHEZ (II) . *Fernando Diez de Medina.*
- PAISAJE LITERARIO: D'Annunzio, El Camino de
Berceo, Paul Claudel *Pedro Montero Galvache.*
- BIBIANA (Novela poemática) *Juan Ruiz Peña.*

PLIEGO POÉTICO

DE

PEDRO PÉREZ CLOTET

EDITORES:

Francisco MONTERO GALVACHE

José María HERNANDEZ - RUBIO

y Pedro MONTERO GALVACHE

Queipo de Llano, 38.

Jerez (Cádiz) ESPAÑA

Ayuntamiento de Madrid

